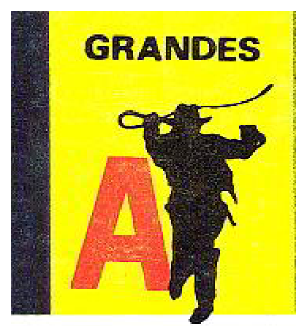




DESAFIO A LAS ESTRELLAS

Es lo que tiene esto de ser aventurero empedernido: Uno se empeña en estar en países exóticos, con mucha selva y todo eso, y una vez se encuentra en ellos no sabe qué hacer.

Estaba harto de discutir con Zenna Davis y me agotaba la monótona conversación de Gronk, aquel indio amigo mío que, prácticamente, sólo sabe decir «Gronk». Zenna me reprochaba que, una vez más, se veía imposibilitada de publicar nada acerca de los hombres-insectos, porque no tenía ninguna prueba documental y quién iba a creer una noticia como aquélla sin pruebas documentales.



Indiana James

Desafío a las estrellas

Bolsilibros - Indiana James - 20

ePub r1.0
LDS 30.04.18

Título original: *Desafío a las estrellas*
Indiana James, 1986
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

Capítulo primero

Es lo que tiene esto de ser aventurero empedernido: Uno se empeña en estar en países exóticos, con mucha selva y todo eso, y una vez se encuentra en ellos no sabe qué hacer.

Estaba harto de discutir con Zenna Davis y me agotaba la monótona conversación de Gronk, aquel indio amigo mío que, prácticamente, sólo sabe decir «Gronk». Zenna me reprochaba que, una vez más, se veía imposibilitada de publicar nada acerca de los hombres-insectos, porque no tenía ninguna prueba documental y quién iba a creer una noticia como aquélla sin pruebas documentales[1].

—¿Y qué culpa tengo yo?

—¡Pues alguna culpa tendrás! ¡De todas las aventuras que has vivido desde que te conozco, sólo hemos podido publicar tres en el New York Times! Todos los aventureros del mundo publican grandes reportajes describiendo sólo los esfuerzos que hacen para cagar, y tú, que conoces a hombres-insectos, y hombres-lobo[2], y te montas en cohetes espaciales[3] e impides que se coman vivo al presidente de los Estados Unidos,[4] tú no puedes nunca publicar nada de lo que te sucede. ¿No crees que es demasiada coincidencia?

Nunca me había parado a pensar en ello y no estaba dispuesto a hacerlo entonces.

Y, además, Gronk, como dándole la razón a la otra, dijo:

—*Gronk.*

Así que les envié a los dos a hacer gárgaras.

—¡Iros a hacer gárgaras! —dije.

Y se fueron. Parece ser que Zenna Davis estuvo haciendo gárgaras mientras ocupaba su puesto de nuevo en el New York Times, tratando de sacar algún jugo de la aventura que acabábamos

de vivir; y creo que Gronk estuvo haciendo gárgaras mientras, en su Canadá natal, lo nombraban jefe supremo de la tribu sarcee.

Y yo me quedé en Sri Lanka (ambiente exótico, palmeras, monos y demás) y me di cuenta de lo que ya he mencionado anteriormente: cuando te dan un ambiente exótico nunca sabes qué hacer con él.

Así que me puse a leer la trilogía de Gerald Durrell (Mi familia y otros animales, Bichos y demás parientes y El jardín de los dioses), y eso me proporcionó unos buenos días de sanas carcajadas en la soledad de mi pensión. Jerry Durrell (hermano del mítico Lawrence Durrell, el que escribió El cuarteto de Alejandría), se lo pasó en grande hablando de su infancia en la isla de Creta y de lo gilipollas que llegaba a ser su hermano mayor. Uno se ríe muy a gusto a su costa.

Luego, se acabaron los libros y me quedé sin saber qué hacer.

—¿Señor James? —me dijo el hindú propietario del hotelucho que me albergaba—. Telefonema desde Nueva York. —Su profesor de inglés le había convencido de que estaba bien visto decir palabras como «telefonema» y «agropecuario».

—¿Quién es? —pregunté a través de la línea telefónica.

—Zenna —dijo Zenna.

—Ah, Zenna, cariño, he estado pensando estos días y he llegado a la conclusión de que quizá Sri Lanka no sea tan divertido después de todo. ¿Por qué no me envías unas monedas para que pueda comprar un billete de avión que me lleve a tu lado?

—Porque no he sacado ni un centavo de las tonterías que vivimos juntos —espetó ella, con ese tonillo suyo tan desagradable. Y añadió—: Si te llamo, es para darte una nueva oportunidad…

—¿Una nueva…?

—Te están buscando.

Tragué saliva. Tengo suficiente experiencia como para saber que, normalmente, cuando me buscan me encuentran. Y eso no suele dar resultados demasiado alegres.

—¿Quién me busca? —pregunté.

—Una persona llamada Ojos Grises. Parece ser que te ha estado llamando todo este tiempo a tu casa y, al no encontrarte, ha escrito al New York Times porque parece ser que alguna vez te publicamos algo. —No pudo evitar la ironía—: ¿Recuerdas cuándo fue eso,

Indy? Hace muuuuuchos, muuuuuchos años…

—Está bien —la corté yo, con fastidio—. ¿Y qué?

—Que le di tu dirección de Sri Lanak. En realidad, primero le pregunté: «¿Es para algo emocionante?», y Ojos Grises me dijo: «Muuttuuuy emocionante», y le dije: «Pues vete a buscar a ese borrico a Colombo, la capital de Sri Lanka, vivid juntos una apasionante aventura y, sobre todo, haced lo posible por que ésta sí que podamos publicarla…». Y ahora mismo está volando en dirección a Sri Lanka.

—Ah… —dije yo.

—Besos y abrazos —dijo ella. Y colgó.

Yo me quedé francamente impresionado. Ojos Grises era el nombre familiar que yo estuve dando a un tipo extraño que se convertía en lobo cuando tenía frío.[5] Sí, sé que resulta un poco increíble, pero cosas más raras me han pasado.

La noticia me dejó pensativo. Y seguí pensativo mientras me informaba en recepción acerca de la hora en que llegaba la primera remesa de pasajeros neoyorkinos al aeropuerto de Ratmalana. Mi cabeza seguía dándole vueltas al asunto mientras me trasladaba en taxi a la terminal.

Ojos Grises pertenecía a una raza de extraterrestres que se habían quedado aislados en la Tierra y que siempre habían sido víctimas de sus extraordinarias mutaciones.[6] ¿Qué querría ahora de mí aquel tipo?

Esperé impaciente en el aeropuerto, tomando un par de gintonics. Me alarmé al no reconocer a ninguno de los que bajaban del de Pan Am procedente de Nueva York. En ese momento, sentí el cosquilleo que suele preceder a una catarata de acontecimientos peligrosos.

Bajaban turistas gordos y groseros y delgados y engreídos y tipos con cara de asesinos y una chica maravillosa como un rayo de sol, pelirroja, materialización de todas las cosas bonitas de la primavera, vestida con blusa a rayas y pantaloncitos mínimos, provista de piernas larguísimas, pectorales embriagadores, escote sugerente, boca grande de Sofía Loren y nariz respingona de Doris Day. Cometí la estupidez de no fijarme en sus ojos, y pasó, y no había ningún pasajero más. ¿Qué demonios había pasado con mi Ojos Grises?

Y entonces me tocan el hombro por detrás.

—¿Indiana James? —Que me dicen.

Era ella.

Ojos Grises. Era ella. Ojos Grises bis. Ojos tan grandes como el Pacífico, tan expresivos como las cataratas del Iguazú, tan tiernos como la caricia de un niño.

—¿Indiana James? —repitió.

—Sí. Soy yo.

—Me llamo Lina Ayers —me comunicó ella, muy contento de ser quien era y de ser como era.

Le estreché la mano sin salir de mi estupor.

—Creo que me he confundido —balbucí—. Yo pensaba en otro Ojos Grises.

—No —me desmintió ella—. Usted pensaba en otros ojos grises, que no eran los míos. Eran los de mi padre… —Yo parpadeé—. Necesitamos nuevamente su ayuda, señor James…

—¿Qué clase de…? —empezaba a decir yo cuando nos interrumpieron.

Habíamos salido del aeropuerto y buscábamos un taxi inútilmente. Todos se habían ido con los otros pasajeros. Se acercaba un coche y, mientras hablábamos, decidí hacerle señas.

Se detuvo a nuestro lado. Precisamente cuando yo empezaba a decir «Qué clase de»…

Y Lina Ayer se tiró a mi cintura y me derribó por los suelos gritando:

—¡*Cuidado*!

… Mientras tableteaba una «Kalashnikov» con todo el furor mortífero del mundo, y las balas chillaban al chocar contra las paredes, y al destrozar gruesos cristales…

Lina Ayers ahora estaba sobre mí y en el segundo siguiente ya no estaba. Se metió debajo del coche. Pensé «pobre mujer indefensa» y, a mi vez, me puse en pie, salté, di dos zancadas sobre el capó del automóvil y caí en plancha sobre el tipo de la «Kalashnikov».

Se trataba de un optimista que creía que me había dado y empezaba a sonreír con suficiencia y quería comentar su hazaña con los otros tres amiguetes que iban con él en el coche. Me agarré de sus orejas y, antes de darse cuenta, se encontraba con la cabeza aplastada entre mi cuerpo y el asfalto.

La cabeza era como de madera y sonó a hueco. Aquel golpe hubiera destrozado el casco de un campeón de las 24 horas de Le Mans. El cabezota aquel, sin embargo, no pareció molestarse demasiado y me aporreó los riñones hasta que caí a un lado.

Saltó sobre mí.

Era un europeo. Latino. De cabellos, y ojos, y pestañas, y bigote negrísimos, y cara de donjuán, y decía «Porca Madonna…».

Italiano, para más señas.

Mi puño chocó contra su mandíbula como el mazo que descascarilla el granito, y me salpicó con esquirlas de sus dientes, y cayó de costado…

… Y, entonces, la encantadora Lina Ayers creció a lo alto y a lo ancho, rugió, destrozó las costuras de su ropa al tiempo que le crecían los dientes y se le saltaban los ojos de las órbitas, y por cada poro de su piel brotaba un pelo hirsuto, largo y pelirrojo, pelambrera espantosa que la convirtió en monstruo, en mujer-loba, en ente del Averno…

¡Dioses, la última vez que yo había visto algo parecido me había desmayado!

A los italianos no les dio tiempo. Saltó sobre ellos. Su boca era como un gran cepo de acero que se cerró en torno a sus gargantas antes del tiempo que se necesita para contarlo, y brotó sangre a borbotones, un salpicón de sangre por todas partes, y chillidos se mezclaron con rugidos, y el terror paralizó a los hombres, y la hembra rabiosa los mató, sí, los mató, uno, dos, tres, y al cuarto que quería escapar olvidándose de la «Kalashnikov» y de los puñetazos que me debía. A ése también lo alcanzó, de dos formidables zancadas. «Nooo, a mi, noooooo», trataba de articular él…

… Y lo aplastó contra el suelo, y hundió su hocico en el cuello del otro…

—¡Porco Diooooo! —Murió blasfemando, el pobre tipo. Me pregunté qué podría haber en el infierno que le pareciera peor que su propia muerte. Resolví que nada. Aquel tipo le estrecharía la mano a Satanás comentando: «¿Y esto es todo lo que me espera? ¿No tienen nada más en materia de emociones fuertes…?».

En el tiempo que perdí pensando esto, el hombre se murió y la chica se revistió de su apariencia femenina y seductora.

Se comprenderá que yo no tuviera tiempo de plantearme

demasiadas cosas si digo que la mutación de la chica había roto todas las costuras de toda su ropa (toda) y, al recuperar su estado normal, apareció perfectamente desnuda ante mis ojos alucinados.

Un cuerpo desnudo y maravilloso, cuatro cuerpos descuartizados y sangrantes… Demasiadas emociones para conservar la cordura. Mi corazón dio el triple salto mortal, hizo un *looping*, y buceó a dos mil metros bajo el mar, y yo me encontré al volante del coche negro, camino del centro de Colombo, acompañado de una bellísima mujer desnuda y repitiendo mi pregunta de antes, como si no pasara nada:

—¿Qué clase de ayuda pueden necesitar de mí personas como ustedes…?

Después me hice más preguntas y siguieron más respuestas. Por ejemplo, yo siempre había creído que los hombres-lobo sólo mutaban cuando se veían expuestos al frío. Supongo que eso fue lo que me dijo Ojos Grises para que yo no me volviera completamente loco. También había creído muchas más cosas y ya iba siendo hora de que las escribiera en mi agenda entre comillas y entre paréntesis. Pero todo eso fue después. Después de mucho mucho mucho tiempo. Todo el tiempo que necesité para digerir la respuesta tan ingenua como sincera de la chica de infinitos ojos grises.

—Cualquier clase de ayuda —dijo— que nos ayude a salvar a la humanidad.

Capítulo II

Y yo qué iba a hacer.

Salir volando. Claro.

Ella dijo: «Ya te lo contaré por el camino», y resultó que nuestro viaje al centro de Colombo no tenía otra finalidad que la de recoger mis bártulos (total, nada) para regresar al aeropuerto y tomar el primer avión que nos devolviera a los Estados Unidos.

—Indiana —dijo ella, mientras íbamos a pagar lo que le debía al hindú dueño de mi pensión—. ¿Tú has oído hablar del Sinanthropus Erectus?

—¿El qué? —dije yo. Y me equivoqué al pagarle al hindú porque todavía no me había acostumbrado a calcular en rupias.

Hubo un pequeño revuelo y, luego, de regreso al aeropuerto, Lina Ayers siguió explicándose:

—El Sinanthropus, el Hombre de China. Como ya debes saber —siguió, y su expresión y el retintín de su voz subrayaban el pobre concepto que tenía de mis conocimientos—, ése es el nombre científico que se da a unos restos de esqueletos que se encontraron en 1929 cerca de Pekín, en el acantilado llamado Colina del Dragón, cerca de Chu-Ku-Tien. Cualquiera que haya sentido curiosidad por la arqueología lo sabe…

Esa frase significaba que ella esperaba que, por mi bien, yo hubiera sentido curiosidad por la arqueología. Así que, mientras cruzábamos entre la muchedumbre que se agolpaba en torno a los cadáveres descuartizados de los italianos («¿Quién puede haber hecho esta atrocidad?»). (¿Quién iba a sospechar de la hermosura fragilísima que correteaba a mi lado?), murmuré, sabihondo:

—Ah, claro, sí. Chinanthropus, claro, sí. Ya caigo. Sí.

—Sinanthropus —me corrigió ella. Y siguió, muy digna,

mientras superábamos todos los trámites que nos oponían los agentes de aduanas—. Pues, como decía, las excavaciones realizadas por el profesor Davidson Black…

—¿No fue por ahí por donde anduvo Theilard de Chardin? —aventuré, como farol para quedar un poco bien ante ella.

Póquer de ases.

—Exacto, eso es —dijo, mientras ocupábamos nuestros asientos en el avión que llevaba a alguna parte de Estados Unidos. Y siguió—: En el acantilado de la Colina del Dragón aparecieron restos abundantes, muchos huesos y algunos interesantes vestigios. Una de las características más interesantes que se descubrieron en ese homínido es que conocía el fuego, lo manejaba y se protegía con él. Se han hallado restos de hogueras a la entrada de las cavernas, para protegerse de los animales salvajes. Y, junto a todo eso, se encontraron unas extrañas piedras labradas con jeroglíficos incomprensibles…

… Los ojos grises me miraron fijamente… Ahora estaba a punto de llegar a la parte interesante de la historia…

—Sólo nosotros —dijo—, los hombres-lobo, podíamos entender lo que significaban aquellos signos…

Puntos suspensivos. Yo me pregunté qué significaban, como hubiera hecho cualquiera, pero ella siguió con su propia trama de la historia:

—Piedras y huesos fueron metidos en cajas y olvidados allí. En 1941, cuando la guerra chino-japonesa, justo antes de la II Guerra Mundial, cuando los ejércitos japoneses avanzaban sobre Pekín, los investigadores agarraron sus cajitas y se las llevaron de allí… A Pearl Harbor.

—Vaya, hombre —protesté, desilusionado ante el final previsible—. Y allí estaban el siete de diciembre, cuando los aviones japoneses aparecieron sin ser invitados…

—Exacto —dijo Lina.

—Y los huesos, y las piedras, ¿¿¿y las cajas…???

—Nadie sabe qué fue de ellos —dijo Lina—. Los americanos dicen que se hicieron polvo. Los chinos afirman que las tienen escondidas los americanos… Esa pugna hizo que Gerald Ford, siendo presidente, dijera la famosa frase: «Traedme esos huesos y me encargaré personalmente de llevarlos a Pekín»…

—Bueno, ¿y qué? —apremié yo, impaciente, mientras nos bajábamos del avión en el aeropuerto de Dallas, Texas.

—Esas piedras no desaparecieron, Indy… Pero no las tienen ni el gobierno chino ni el gobierno estadounidense…

—¡Bueno!, ¿y qué? —insistí.

—Los hombres-lobo suponemos que esas cajas se las llevó alguno de los miembros del comando a quien fueron confiadas…

—Bueno, ¿y qué? —repetí.

—Que en esta casa vive Frederick Whistlock, uno de los supervivientes de aquél comando.

Estábamos ante una casita típicamente americana, de dos pisos y con jardín. Llamamos, llamamos, llamamos, y por fin entramos, al descubrir que la puerta estaba abierta.

Aquello era una especie de templo dedicado a la Segunda Guerra Mundial. Medallas y *souvenirs*.

John Steinbeck dijo que «la Segunda Guerra Mundial fue una cosa en la que los norteamericanos nos metimos, más que nada, para traernos recuerdos». Aquella casa era un ejemplo patente de ello. Uno se preguntaba cómo el comando Whistlock podía haber pegado tiros con la mochila tan cargada de recuerdos. La pistola quitada a un japonés, la cabeza de un ídolo budista, medallas por herida de guerra, fotografías a caballo de un cañón del destructor Tal, postal con la silueta del

U. S. S.

Cual…

… Y Freddy Whistlock cuidadosamente estrangulado con la bandera japonesa.

—¡Maldita sea! —dijo Lina Ayers—. ¡Vámonos de aquí! ¡Se nos han adelantado!

Montamos en un taxi. «Al aeropuerto», otra vez.

—¿Pero quiénes se nos han adelantado? —gimoteé yo, tratando de comprender algo.

—Quienes sea que tengan el Sinanthropus —explicó ella—. Pero, a la vez, acaban de delatarse. Este asesinato significa que estamos sobre la buena pista.

Tachó el nombre de Frederick Whistlock en su cuaderno. El siguiente de la lista era un tal Kenneth Fowless, que vivía solo en una pequeña población de Montana.

En el largo camino, Lina Ayers siguió relatándome la historia:

En aquellas piedras, los jeroglíficos explicaban, a quien supiera descifrarlos, cómo ponerse en contacto con los habitantes de las estrellas. Allí había los datos de una frecuencia de onda desconocida hasta el momento por los hombres y que conectaría directamente con el planeta de donde procedían los hombres-lobo. Ni siquiera el radiotelescopio de Arequipa (Perú), que ocupa todo un valle, podía llegar tan lejos, ni (sobre todo) en esa frecuencia.

Año tras año, decenio tras decenio, los hombres-lobo habían soñado en apropiarse de esos conocimientos, en tener acceso a esa frecuencia de onda, para poder pedir ayuda al planeta del que procedían. «*Venid a buscamos. Queremos irnos de la Tierra, donde todos nos tratan mal*».

Aquello, a mí, me recordaba el «ET»: «Mi caaasa, teléeeeefono». Pero no me atreví a decirlo, porque aquellos ojos grises demostraban que la cosa era muy seria y que no estaba el horno para bollos.

También me impidió decirlo el hecho de haber llegado al triste domicilio de Ken Fowless, en Great Falls, Montana.

Aquello también estaba lleno de *souvenirs*. Un pedazo de «Zero» japonés derribado por los antiaéreos. Una bala japonesa extraída de una puerta, donde se clavó cuando buscaba la cabeza del soldado en cuestión. La carta en que la Marina comunicó a la esposa que el esposo había caído en combate y que, por favor, no dijera nada del nombre del barco ni de dónde estaba…

… Y un sable de samurái japonés, con el que habían cortado a grandes rodajas al pobre y nostálgico Kenneth Fowless.

—¡Por todos los infiernos! —exclamó Lina Ayers—. ¡Se nos han adelantado otra vez!

Y corrimos de nuevo al aeropuerto.

Entretanto, ella me contó que, pocos meses antes, lodos los hombres-lobo habían sentido una vibración extraña y nueva en sus oídos. Como el perro pastor escucha los ultrasonidos del silbato que le ordena ir de un lado a otro, ellos eran los únicos que escuchaban la nueva melodía que llenaba toda la atmósfera y que iba dirigida a las estrellas.

—¡Yo, ahora mismo, la estoy escuchando! —decía Lina, muy convincente—. ¿Sabes qué significa eso, Indy? ¡Que uno de aquellos

malditos comandos se quedó con el mensaje secreto! ¡Que ha descifrado el jeroglífico! ¡Que ha construido una emisora secreta…! ¡…Y que está comunicando con las estrellas!

—Bueno —acepté yo, cuando aterrizábamos en el aeropuerto de Wichita, Kansas—. ¿Y qué les dice?

Los ojos grises me miraron.

—Es un loco —me explicó—. Les está diciendo que los terrestres somos destructores por naturaleza, que estamos acabando con nuestro planeta y que empezamos a planear el destruir a otros…

Y pide, fervientemente, que vengan los seres de otras galaxias y *que nos aniquilen de una vez a todos…*

—Vaya —comenté—. Es de esos suicidas que no se resignan a irse solos al infierno…

De momento, para que no lo encontráramos, ya iba enviando al infierno a algunos de sus compañeros de Pearl Harbor, para que le allanaran el terreno y para que no nos contaran lo que sabían.

Souvenirs, souvenirs, souvenirs. También Thomas Paddington había llenado su casa de recuerdos de la guerra. Fotos de grupo, ya desgastadas de tanto contar que éste es Fulano, que murió allí, y éste es Mengano, que hace ahora las mejores hamburguesas en Little Fountain in the Valley, según se sale de Massachusetts a la derecha. Otro pedazo de «Zero» japonés. Otra bala japonesa.

Otra foto. Como para acabar odiando, no a los japoneses, sino a todos los pesados que se empeñan en recordarlo todo. ¿Quién dijo lo de «Remember Pearl Harbor»? Porque aquellos abueletes se lo habían creído, y bien.

A Thomas Paddington le habían machacado el cráneo con un proyectil de artillería antiaérea de
120 mm.

Y así sucesivamente.

Al Mengano que hacía hamburguesas en Little Fountain in the Valley lo habían colgado del techo por los pies y le habían estado dando puntapiés en la cabeza.

A Fulaning de Talman le habían descuartizado con su propio y ya oxidado machete de asalto.

A un puertorriqueño, Etcéterez, lo habían fusilado con su fusil reglamentario, «Garand M. l».

Dioses, ¿para eso se habían salvado de Pearl Harbor aquellos

pobres diablos?

Ya me había cansado de ver cadáveres fresquitos cuando fuimos a visitar a un tal Luke Gullan. Ése no había muerto. Luke Gullan había desaparecido. Un detective de la policía de San Francisco nos dijo que el tal Gullan era un mafioso de ascendencia italiana, que había tenido algunos jaleos con la mafia y que, después de cumplir condena, había ido a enterrarse a Italia y había recuperado su nombre originario.

Lucca Guglielmo.

—¿Italiano? —dije yo—. Los tipos que te atacaron en el aeropuerto de Sri Lanka parecían mafiosos italianos…

La policía había estado bastante pendiente del tal Guglielmo hasta que se aseguraron que no estaba haciendo ninguna nueva conexión con la Cosa Nostra, la Camorra, la Mano Negra, o cualquiera de esos clubs italianos formados por gente amiga de la juerga. Por eso, resultó muy fácil averiguar que en aquellos momentos estaba instalado en su tierra natal, Battipaglia, cerca de Salerno, junto al monte Picentini.

Y, antes de que me diera cuenta, ya estábamos corriendo hacia el aeropuerto municipal de San Francisco, ya volábamos hacia Nápoles, vía Ginebra, en uno de esos
DC-10
que siempre se estrellaban.

Ojos Grises bis dormía como una chiquilla, con su deliciosa cabeza apoyada en mi hombro, y yo pensaba que era curioso que una medio-loba no roncara mientras dormía.

También pensaba cómo debía ser una medio-loba en la cama, en pleno revolcón apasionado. Su cuerpecito de mujer me había tentado más de una vez, pero he de reconocer que yo nunca me había decidido a caer en la tentación. El recuerdo de la chica convirtiéndose en monstruo peludo, de dientes afilados con los que devoraba enemigos, hacía que mi cuerpo se enfriara y perdiera toda apetencia sexual. A saber lo que podía entender aquella chica por «dar un mordisquito cariñoso».

Lina dormía, haciendo de vez en cuando «Mmmmhhh», y «Gggñe» y hasta algún «Mmgff» y parecía la persona más inofensiva del mundo.

Y, de pronto, el

DC-10
empezó a caer en picado.

Los pasajeros gritaron como locos, todos a la vez.

Lina Ayers abrió los ojos y preguntó:

—¿Ya hemos llegado?

Íbamos a estrellarnos, sin remedio, contra el suelo italiano.

Yo eché a correr hacia la cabina del piloto, para ver si podía echar una mano.

O quizá fue, sencillamente, que el mismo bandazo del avión, el picado descomunal que hizo el cacharro, me hizo salir despedido hacia adelante.

El caso es que, de pronto, me encontré en la cabina de mando.

Es un sitio que no me resulta del todo desconocido. Como uno ha rodado ya un poco y ha hecho de todo, se ha encontrado a los mandos de un avión más de una vez. Y no lo ha hecho mal.

¿Recuerdan aquella vez que aterricé en el Paseo Marítimo de Cannes, en pleno verano, con el avión cargado de heroína?[7]

Bueno, pues me escupí en las palmas de las manos y decidí hacer algo parecido.

CAPÍTULO III

Un
DC-10
es un señor aparato. Me da respeto hasta a mí.

El piloto también debía respetar al cacharro. Pero ni con respeto, ni peleando con el «mango de escoba» (la palanca de altitud) a brazo partido, lograba enderezarlo.

Caíamos como una piedra, que se dice.

Peor.

Porque las piedras no dar bandazos, ni hacen tirabuzones en el aire, ni ninguna de las endiabladas revueltas que el trasto daba.

—¡Por todos los dioses! —grité al piloto—. ¿Qué demonios pasa?

—¡Ha enloquecido! ¡Este trasto de los infiernos se ha vuelto loco!

El copiloto, en su puesto, agarrado a los brazos del asiento, rezaba. Rezaba por el micrófono a una divinidad que los pilotos invocan cuando hay follón. Decía: «¡Mayday, mayday, mayday!»[8]. Sí, ya sé lo que significa, y yo también lo he usado muchas veces, pero siempre me ha sonado a algo así como: «Ay Madre Mía, Ay Madre Mía»…

Pensé un momento en qué podría estar pasando a mis espaldas. El pasajero que no tuviera puesto el cinturón, desde luego, estaría dando tumbos por el interior. En cualquier momento, alguno podría aparecer disparado por la misma puerta por la que me había precipitado yo. Por los gritos que daban, desde luego, podían estar despellejando vivo a más de uno. No me volví a mirar, porque luego te impresionas y es peor.

Por eso, porque no me volví a mirar, me sorprendió alguien que

me echó a un lado.

Pensé: «Ya está, algún pasajero se me ha caído encima, ahora se golpeará contra el mamparo del navegante». Pero no.

No era un pasajero cualquiera, y no se caía. Era Lina Ayers, mi lobita, que venía aposta, que irrumpió en la cabina como un relámpago, como un ciclón devastador de la Polinesia, que son los mejores. Casi me tira a un lado, con el trabajo que me estaba costando mantenerme medio agarrado a algo en medio del picado vertiginoso que el avión describía. Empujó al piloto fuera de su asiento con una fuerza lobuna. El pobre tipo, pillado de improviso, rodó a un rincón, con la boca abierta y sin poder articular palabra. Lina cogió los mandos con un gesto decidido, labios apretados, los ojos muy abiertos. Quise decirle: «Por todos los dioses, que es un DC-10»,

pero no me salió ni un sonido. Supongo que «los» tenía atascados en plenas cuerdas vocales. Así que concentré mi esfuerzo en mantenerme sujeto a… ¿no serían los pantalones del tripulante? Nunca lo he sabido.

El caso es que vi a Lina, con estos ojos míos que no me suelen llevar a engaño, hurgar en los mandos como quien mueve fichas de ajedrez. La tía. Accionar los flaps, modificar el ángulo de ataque, tirar del doble mando de los timones de profundidad, acelerar motores, conectar los… Todo lo que se hace en estos casos, y que el piloto no lograba hacer. A ella se le daba como la seda. La vi dosificar los pedales de mando del timón trasero como una experta. Los dos a la vez, con una presión parecida… ¡Increíble!

El piloto, desde su rincón, había pasado de la sorpresa a un relámpago de indignación y, de ahí, a un asombro centuplicado. La boca no se le había cerrado aún. Los «mayday» del copiloto sonaban ahora a algo parecido a un responso, pero a lo mejor es que me lo parecía a mí. Mi boca, desde luego, competía con la del piloto.

La muy bruja. La bruja de los demonios. La madre que la parió.

Y la susodicha, con los ojos como ausentes, los labios apretados pero con total seguridad en la expresión, trasteando en los mandos como si hiciera encaje de bolillos. Tan fresca.

A mi espalda, mientras, el griterío decrecía, pero no gran cosa. El pasaje debía estar intentando tragar saliva de cuando en cuando. Entre alarido y alarido.

Y, de pronto, súbitamente, de repente, en un abrir y cerrar de ojos, cuando me quise dar cuenta, el avión había aterrizado.

Con Lina a los mandos.

En medio de una autopista.

Una autopista hermosota ella. Una buena autopista.

Lo sé porque enfrente, por el parabrisas, se veían tres de esos que los franceses llaman poids lourds. Tres hermosos camiones, vaya. De los grandes. Uno junto a otro. Paralelos. Habían conseguido frenar a pocos metros de la cabina del avión. La cara de uno de los camioneros estaba pegada al cristal, los ojos como dólares de plata y casi tan opacos, como crío en escaparate de pastelería, la nariz aplastada. Probablemente tendrían que despegarle de allí con disolvente, cuando llegaran los socorros médicos. Después vendrían los psiquiatras.

No tuve tiempo de mirar para donde el piloto. Ni al copiloto rezador. Ni de averiguar lo de mi punto de sujeción a la altura del puesto del tripulante. Lina, la milagrosa, me había cogido por el cuello y me arrastraba, creo yo, por la puerta de escape, la de emergencia, de la cabina.

Estábamos en Italia. En tierra firme. Sanos y salvos. No me pregunten cómo. Pero estábamos.

Identifiqué Italia por los Fiats. Como tropecientos mil Fiats de los que salían señores bigotudos y señoras carnosas despeinadas, tipo película de Rossellini con la Anna Magnani de protagonista, que decían cosas como: «Guardate, cosa hanno fatto», o bien: «L'aereo é caduto, é caduto nella autostrada». Pesqué al pasar que uno gritaba: «Siete impazzito, ho bisogna d'arribare a la mia casa», y añadía algo de la sua moglie o no sé qué. Insultaban al avión como si fuera un simple camión haciendo una maniobra especialmente torpe.

Estábamos en Italia. Y cerca de Nápoles, además, intuí.

Razón de más para salir corriendo antes de que todo se complicara. Prefiero habérmelas con un par de rinocerontes cabreados que con una mamma napolitana lanzada en defensa de sus derechos familiares. Temible. Eso y la desintegración del átomo…

Había confusión por todas partes. Alguien, desde el avión, había intentado la evacuación de emergencia, y la rampa hinchable que sirve para descender al agua en caso de amerizaje se había desplegado. Allí estaba, grande, opulenta, con su color naranja chillón en medio de una especie de manifestación de napolitanos indignados contra el obstáculo que les impedía continuar viaje. Por la rampa empezaban a rodar, más que bajar, pasajeros del avión, y eran recibidos por la multitud que los insultaba. Todo así.

Aprovechando la confusión, nos escabullimos. Lina tiraba de mí, y yo la seguía. Aún no había salido de mi asombro.

Supongo que el piloto, tampoco. Pobre de él, cuando le tocara explicar a la policía (sonaban ya las sirenas a lo lejos) que el avión había enloquecido, una loca había tomado los mandos, y había hecho lo que le habría correspondido a él hacer. No quisiera estar en su pellejo. Estaba claro quién iba a ser tomado por loco…

Las autopistas suelen estar rodeadas por una alambrada, pero estábamos en Nápoles, o sea, que no había alambrada. No me extrañaría que alguien la hubiera arrancado para venderla. Folklore local, que se llama.

Corrimos alejándonos de la autopista. Cuando Lina se detuvo, dejándose caer al pie de un árbol, tenía de nuevo los ojos como siempre, la expresión dulce y conciliadora. Habría que esperar hasta la próxima discusión para que se pusiera a pincharme un poco. Pero su actuación a bordo del aparato no me cabía en la cabeza aún.

—Bueno, me dirás qué te ha entrado, ¿no? ¿Alguna mosca exótica, variedad de la tsé-tsé? ¿Quién te enseñó a pilotar aviones de esa manera?

—No me preguntes, no sé nada —dijo, inocente como una loba recién nacida—. Sólo sé que de pronto sentí que tenía que hacerlo.

—Y también el cómo, supongo. Porque pilotabas como si tuvieras toda una eternidad en horas de vuelo.

Imposible sacarle palabra. Que «tenía que» hacerlo. Y punto.

Nunca se sabe con las mujeres, pero algunas de ellas se pasan de la raya.

Nos levantamos, y seguimos caminando. Todo nuestro equipaje se reducía a los inagotables bolsillos de mi chaleco y su bolso de mano en bandolera. Preguntarle por qué habíamos dejado las

maletas a bordo hubiera sido de una vulgaridad imperdonable. Si una mujer ha sentido que «tenía que» montar un *show* parecido, está claro que en caso de preguntarle su respuesta había sido otro «sentí que». Opté por callarme, llevado por mi elegancia natural. Ya las guardarían en el aeropuerto, supongo… Cuando consiguieran llevar a pasajeros y avión a semejante sitio. El DC-10 tendrían que desmontarlo, seguro.

Qué propaganda para la Mac Donnell Douglas, pensé. Después de tanto divulgarse que si los problemas de estructura de los DC-10, que si las puertas traseras mal diseñadas, que si poco seguros… uno de sus aparatos sobrevive a un aterrizaje forzoso en medio de una autopista. Hasta en los anuncios de la empresa iba a comentarse la hazaña.

Caminamos de nuevo, Lina delante.

Mi elegancia natural, antes nombrada, no me impidió comentar en voz alta que tenía un ligero apetito.

En realidad me había entrado una hambruna que rugía en mis adentros como un Pacífico embravecido. Siempre me da cuando me pongo tenso. Pero uno es discreto.

Lina dijo que «le parecía» que habría una cabaña por allí. Y guió hacia donde venía a parecerle.

La cabaña estaba, claro. ¿Lo había dudado alguien? Yo no.

A esas alturas, ya…

Cuando la vimos, me resultó de cuento de hadas infantil.

—Anda, mira. La típica cabaña del bosque. Ahora saldrá el lobo, que se acaba de comer a la abuelita.

Lina ni me miró. Yo pensé que era preciso hacer algo. Mi ego andaba por los suelos desde que tenía al lado a Ojos Grises bis. Entre ir encontrando abueletes muertos a todo pasto, y asistir de espectador privilegiado a una maniobra de aterrizaje de excepción… Tenía que hacer algo para salvar la honra personal de uno, esa voz de por dentro que le dice a uno «eres el más grande, compañero», y le mantiene a flote en cualquier circunstancia.

Pero salió la bruja. No el lobo, sino la bruja del cuento.

No sé cómo dibujarán a las brujas en los cuentos para niños de Italia, pero ésta lo era. Sin escoba, eso sí, pero todo lo demás,

estaba. Salvo quizás el gorro picudo. Pero una señora vieja u encorvada, delgadísima, pelos largos y revueltos, nariz que casi toca la barbilla… Una falda larga, de color oscuro y remendada… Llevaba el toque mediterráneo, en forma de una de esas toquillas, como de ganchillo, que se echan por los hombros las ancianas de los pueblos del sur de España. No resultaba especialmente tranquilizante ni atractiva, pero lo intentaba. Sonreía, o al menos ella debía considerar que aquello era una sonrisa.

—Pasen, pasen. Tendrán hambre, ¿no? Tengo un poco de puchero.

Ya, pensé: rabo de lagartija hervido, diente de dragón, lágrimas de moza virgen, tréboles cogidos en la noche de San Juan. Me propuse no probar bocado.

Pero estaba bueno. MMMMM, sí. Bueno de verdad. ¿Quién era ese autor antiguo que decía lo de «el espíritu en verdad está pronto, pero la carne es flaca»? Homero o uno de ésos. O más antiguo aún. Pues tenía razón.

Lina y la bruja («Llamadme Stregha», dijo al entrar) estaban de charla, como dos comadres de pueblo. Siempre el Mediterráneo y su influencia. Como si se conocieran de toda la vida.

La tal Stregha saludaba a Lina como a una de los suyos. O sea, que la bruja era descendiente de hombres-lobo. Qué casualidad, mira por dónde. No le veía los ojos, de tan entrecerrados que los tenía, pero, la verdad, pudiera ser… ¿Los rasgos lobunos de Lina? La vieja, en su juventud, pudo haber tenido los rasgos que quisiera, pero ahora eran irreconocibles.

—Te llamé, figlia mia. Te percibí, y te llamé. La raza sigue siendo la que era. Yo sabía que estabas en peligro. No podía dejar que llegaras a ese aeropuerto. No hubieras salido nunca de Napoli…

Que nos estaban esperando en el aeropuerto, decía. Gente muy peligrosa, mucho. Mafiosos o algo peor. Asesinos profesionales de la peor especie. Ella lo había percibido, y actuó para impedirlo. (Excuso decirles cómo suena de exótico en una cabaña parecida un verbo tan refinado como «percibir», pero ya no me extrañaba nada). Actuó sobre la mente del piloto, no sobre los mandos del avión. Hizo que el pobre hombre perdiera el control y pusiera el aparato en caída libre, en picado. Luego actuó sobre la mente de Lina y le sugirió qué hacer. Tomó los conocimientos necesarios de la mente

del piloto y se los pasó a Lina. Así evitaba la resistencia mental del hombre de oficio a aterrizar cerca de la cabaña. Todo muy lógico, claro. Hablaba como si fueran recetas de cocina: tomas una pizca de aquí, lo pones allá…

Pero el puchero estaba bueno, palabra. MMM.

—Era la única manera de traerte conmigo, figlietta mía.

¿Dije Rossellini? Ni al Fellini ése se le ocurre lo que yo estaba viendo. Con lo que local y todo.

—¿Y Lucca Guglielmo? ¿Conoce a Lucca Guglielmo? —dijo Lina.

—El, es él… Peligroso, peligro grave… —La voz de la bruja era un susurro melodramático—. Muchos se han equivocado, no, no es el hombre inofensivo. El hombre quiere matar a la madre, a su madre. Contra la naturaleza, contra el viejo orden de la tierra madre… Impedidlo. Impedidlo… El cráter del volcán apagado, del viejo volcán olvidado, del volcán que no lo parece.

Yo había apartado ya el plato (vacío) de puchero, y la vieja había logrado interesarme. Lo que decía tenía coincidencias con lo que había contado Lina, coincidencias demasiado curiosas para… Me puse en pie para acercarme a ellas.

Nunca lo hubiera hecho.

La vieja se puso igualmente en pie, extendiendo las manos hacia mí. Cambió radicalmente.

—¡Mientes! ¡Mientes! ¡Impostores! ¡Traidores!

—No, oiga, señora, yo…

—¡Mientes! ¡Mientes! ¡No te acerques! ¡Capto tu mentira! ¡Aparta tu vibración de muerte! ¡Me duele la muerte que percibo en ti!

Lina intentó mediar:

—No, nosotros solo… El solo…

—¡Mientes también tú! ¡Una de los míos, una de…! ¡Fuera!

No hubo forma de impedirlo. Se echó hacia atrás, cogió un gran cacharro de cerámica puesto al fuego, humeante. Lo volcó en el suelo ante nuestros pies. Cogí del brazo a Lina, empujándola hacia atrás para librarla de aquello. Pisamos un suelo como de paja…

Cedió la paja bajo nuestros pies…

Caímos, caímos, caímos. Una eternidad de caída me pareció.

Abracé a Lina, poniéndome yo de protección en la caída.

No me dolió demasiado el encontronazo con el suelo.

Pero delante mismo de nosotros había tres descomunales serpientes que se desenroscaban mirándonos.

Capítulo IV

Diría que éste sí era mi elemento, pero de todas formas no me iba a creer nadie…

No es que me gusten los líos. Es que a los líos parece que les gusto yo.

Bueno, pues aquello era un lío que se desliaba a toda velocidad. Quiero decir, que los tres bichos estaban enroscados y se lanzaban contra mí. Así que no podía pensar demasiado en si aquello era lógico o no. Intenté pensar algo sobre la marcha, pero no podía dedicarle demasiado a la lógica. Y en los manuales de supervivencia no te dicen estas cosas. Y en el entrenamiento que me dieron una vez aprendí a comer serpientes pequeñas, pero no a evitar que hicieran lo mismo conmigo sus congéneres grandes.

Y éstas eran de las grandes. Pero grandes de verdad.

Las he visto de longitudes generosas. Pongamos diez metros. Las tienen a su alcance en los zoos, a veces. Y una enciclopedia cualquiera puede decirles dimensiones increíbles, y verdaderas. Pero no se preocupen. Vistas en realidad, y de cerca, son siempre más grandes. Mucho mucho más grandes. Incomparablemente más. Dónde vas a parar.

Vistas desde el fondo de un pozo, sin apenas espacio para moverse, y cuando atacan, resultan imparablemente apabullantes. Del todo, vamos. Y cuando no se tiene nada para defenderse…

Mientras intentaba proteger con mi cuerpo a Lina, interponerme entre los bichos y ella, lancé una patada, muy a lo alto, muy de kárate (que se note que uno sabe) a la primera bichita de aquéllas, la más decidida. Ni enterarse. Como de goma blanda. Nada.

Puse todo mi peso en un directo hacia la cabeza del bicho. Lo esquivó. Mi mismo impulso, me hizo caer sobre ella. Los anillos me

envolvieron enseguida. Y apretaban, apretaban…

Mi famoso «piloto automático» interior, el de siempre, apareció informando. Coloración amarillo-gris o parda, manchas transversales de color pardo oscuro, bordeadas de negro… Ya está, era una pitón. Pitón de Seba o jeroglífico. Vale, pues. Tenía muy clasificado al bicho que me iba a estrujar vivo para tomarme de almuerzo después. Un largo almuerzo, las pitón tardan semanas en digerir a sus víctimas. Mira qué bien, pensé. Y Lina, de postre. Yo en su lugar…

Me pareció oír tiros en alguna parte, además. Pero serían los jugos gástricos del bicho, o mi corazón bombeando sangre llena de adrenalina, inútil ella. Mi famosa adrenalina, que me pone la sangre a punto de acción. Pero poco podía accionar yo, bien apretadito por los anillos de la pitón «jeroglífico».

Pero algo sabía yo de las pitones, algo… Bueno, sí: que son vegetarianas, pero que algunas especies se alimentan de pequeños mamíferos. Bueno, con sus diez metros o así, yo debía ser pequeño para la que me abrazaba tan cariñosa. Y mamífero, desde luego sí soy.

Me estaba asfixiando. Mis costillas no resistirían mucho más.

¿Qué habría sido de Lina? No podía ver nada, envuelto en pitón por todas partes.

¿Qué era aquello que yo sabía de las pitones? Algo más había… Pero si resultaba tan útil como lo de los pequeños mamíferos…

De pronto, hubo un rugido. Un rugido de fiera.

Y el bicho me soltó. Aflojó el abrazo. Empujando yo, conseguí quitarme de encima las distintas vueltas de serpiente que me rodeaban, como las pieles de las grandes damas cuando van al teatro de gala.

Agarrado a la cabeza del bicho había otro bicho.

Un lobo bastante desproporcionado, cuyas mandíbulas se clavaban en la cabeza de la pitón cariñosa.

Pero otra venía ya en pían de abrazarme. Algo a lo que nunca te puedes negar cuando algo del sexo femenino pretende ofrecerte.

En ese momento, recordé. Un golpe en la cabeza. Qué estupidez. Un golpe en la cabeza con un palo. Los indígenas en Malasia matan así a la famosa pitón malaya.

No tenía un palo, pero sí mis botas. Bien puestas, como todo en

mi cuerpo, y alrededor.

Salté hacia la pared, de espaldas. Apoyé las manos en ella, a cierta altura. Rebotando con impulso, prolongué el salto hacia arriba, desplazando la pierna derecha en primer término. A la altura de la cabeza del bicho, giré en el aire. Le planté una patada en la parte superior de la testa, justo en medio de los artísticos dibujos más o menos jeroglíficos que tienen allí y que le dan nombre a la subespecie.

La cabeza de la pitón cayó al suelo, tan fláccida como esas mangas de tela que ponen en los aeropuertos para indicar la dirección del viento. Tan fláccida como cuando no hace viento, claro.

Indiana, compañero, ahora sí te has ganado el pan, pensé. La autoestima es cosa muy importante, y si nadie te aplaude, apláudete tú, es mi lema.

Pero la tercera pitón debió considerar que ella también quería ganarse el pan. O el pequeño mamífero. Y yo le gustaba para almuerzo. Me cazó con una revuelta de su cuerpo jeroglificado, coloración tal y cual, etc. No quiero ponerme pesado.

Su abrazo sí lo era. Mucho. Debía haber escarmentado en cabeza ajena.

Y su propia cabeza estaba muy lejos de mi eficaz bola.

Hubo otro rugido.

Y otro rugido más. Como un ladrido, pero más bestia.

Y la misma bestia lobuna sé lanzó hacia la cabeza de la serpiente, que volvió a soltarme, como su compañera. Como su compañera, debió cobrarle un nuevo respeto a los pequeños mamíferos, o lo que fuera aquello que le mordía. Pero no le duró demasiado el respeto.

Caído a un lado y bastante sin resuello, tuve tiempo, mientras aprendía a respirar de nuevo con mis machacados pulmones, de hacer inventario de mis huesos, encontrar positivo el balance, y ponerme pringado de extraños jugos repugnantes.

El suelo de la cueva, o pozo, o lo que fuera aquello en lo que habíamos caído, estaba encharcado de los líquidos viscerales de la primera serpiente pitón, la cariñosa de mi primer abrazo.

Estaba despedazada, como si una trilladora eficaz hubiera pasado por encima. Ése sí era un trabajo despedazador, y no las

chapuzas, que quien fuera había realizado con los cuerpos de los pobres viejos de Pearl Harbor.

Cuando conseguí respirar con un ritmo más o menos satisfactorio, Lina estaba transformándose de nuevo en su más o menos satisfactoria apariencia de mujer. Que, dicho sea de paso, era más bien más que menos, dado que las ropas se le habían despezado al transformarse en mujer-lobo. Ahora, cubierta sólo de jirones de tela y con nada más que algunos pelos lobunos en el cuerpo desapareciendo a toda velocidad, resultaba muy muy mamífera. Y ya me entienden.

Pero yo no tenía la menor apetencia de anatomía, palabra de aventurero. Había visto lo que era Lina un momento antes, y lo que había quedado de la serpiente. A la última no la había despedazado tanto. Las prisas…

Decidí no pensar nada. Y entonces, hice lo que suelo hacer cuando decido no pensar. O me duermo, o actúo. Actué, porque no podía dormirme.

—Hay que salir de aquí —dije.

El pozo no había sido excavado ayer precisamente. Y la tierra de la cuenca mediterránea es fértil, o sea que la madre naturaleza había hecho su trabajo. Había raíces sobresaliendo por todas partes. Sin ocuparme demasiado de Lina, empecé a subir. Primero, no quería mirarla demasiado, por mi natural elegancia ya nombrada. Segundo, porque una mujer capaz de hacer lo que le había visto hacer no necesita de mucha ayuda para nada. (En realidad, ninguna mujer la necesita, pero lo hacen para fastidiar, que yo lo sé). Tercero, porque había decidido no pensar. Así que escalé.

Me pareció más bien la pared norte del Cervino, pero llegué arriba. A los que escalan el Cervino no se les viene a poner al lado una mujer medio desnuda, desde luego (la estadística de accidentes en montaña se dispararía, por supuesto), pero a mí, sí. Aquella vez por lo menos.

«Arriba» volvía a ser la cabaña de la bruja, la Stregha. Pero ya no había bruja. Había un cuerpo menudo, vestido con sus ropas, sin la menor apariencia de vida, y con una buena mancha de sangre en pleno pecho. Siempre me ha parecido una estupidez, porque es una cosa que no se puede estar a medias, pero lo diré ahora: completamente muerta.

—Dioses —dije. Pobre vieja, se acabó su puchero.

Lina dijo más. Se arrodilló ante lo que quedaba de su hermana de sangre y lloró un rato, con unos sollozos como para partirte el alma.

Yo había decidido no pensar, pero si no pensaba, oía a Lina llorando a la vieja. Así que hice un cambio. Decidí no sentir, y volver a pensar. Así que puse el «cerrado por obras» en el corazón y le di caña a las neuronas.

Elemental, dear doctor James, me dije. Vibraciones de muerte, había dicho la vieja. No eran nuestras. No era a nosotros. La bruja se había confundido. Las vibraciones de muerte la habían llegado, vía sus extrañas percepciones, de su propia muerte cercana. Y actuó contra quienes estábamos más cerca, creyendo que el peligro éramos nosotros. Elemental, en realidad.

Pero no éramos nosotros quienes vibraban. Habían sido varios bestias, a juzgar por las pisadas de gruesas botas en el suelo de la cabaña. Varios bestias que, además de cargarse a la anciana, habían destrozado todo el mobiliario buscando no se sabe qué. Yo había oído disparos. A saber qué habría hecho la vieja para defenderse, si a nosotros nos había enviado con las pitones.

Pero nos había salvado la vida al hacerlo.

Fuera quien fuera, había venido del exterior, y se había vuelto a ir.

Así que abrí la puerta. «Vamos, Lina, hay que…», empecé a decir.

Pero desde fuera empezaron a disparar sobre mi.

CAPÍTULO V

Apenas tuve tiempo de saltar al interior y echarme al suelo. Probablemente fue del mismo sobresalto que los disparos me produjeron. Lina, menos mal, estaba ya agachada junto a la vieja. Ahí siguió, con expresión asustada, la cara llena de lágrimas aún.

—¡Por todos los dioses, no empieces otra vez! Mujer-loba o no, esos de ahí fuera te fríen si les atacas. Tiran con ráfaga, probablemente fusiles de asalto. Suenan como los
«AK-47»
—dije.

—Tardo tiempo en reaccionar después de cada vez, el organismo se fatiga —dijo, en voz baja, muy dignamente. Como quien dice «pero usted qué se ha creído, oiga».

Las paredes de la cabaña no tenían gran cosa de búnquer, precisamente. No protegían demasiado. Más bien dejaban pasar las balas como un cesto el agua que se le echa. Rebotaba plomo por todas partes. Un diluvio, un monzón tropical de balas. Una buena balacera, que dirían mis amigos sudamericanos.

No podíamos hacer otra cosa que permanecer tumbados y esperar que amainara. Fui desplazándome, sin embargo, un poco hacia donde estaba Lina, en la parte posterior de la cabaña, adosada a una pared de roca y por tanto algo más protegida. Pero allí era donde se estrellaban las balas que atravesaban la pared delantera.

Desde su posición en cuerpo a tierra, Lina extendió la mano, cogió una de las balas que habían rebotado en la pared, y puso un tono de voz fríamente profesoral para decir:

—Dejemos las fobias antirrusas. A mí me parecen más bien balas de
«M-16».

Son compatriotas tuyos, Indiana. —Lo dijo como si fuera una colilla encontrada en el lugar del crimen y por ella dedujera lo que el amigo Holmes: «soltero, abogado, masón y asmático».

Los humanos no tenemos remedio. ¿Les han contado alguna vez la fábula esa en que dos conejos se ponen a discutir si los que les persiguen son galgos o podencos, y mientras discuten llegan los perros y me los cazan? Bueno, pues eso hicimos Lina y yo, bajo el diluvio de balas. Algo así como:

¡DA-D
A-D
A-D
A-D
AMMM!

—No, querida, insisto en que se trata del inconfundible ladrido de los
«AK-47»,
llamados «Kalashnikov» por el nombre del ingeniero ruso que diseñó el instrumento.

¡DAIIIING!

—Comprendo tu punto de vista, querido Indiana, pero la tesis del
«M-16»,
conocido en su etapa de investigación como «Armalite».
AR-15,
y fabricado posteriormente por la empresa Colt, Ltd., me parece a todas luces preferible.

¡BRA
CA-DACA-DACA-DACA-DAMM!

—Opinión que, evidentemente, no puedo compartir, dado que es obvio que esto que nos cae encima es, sin la menor duda, una lluvia de proyectiles de calibre 7,62, típica del citado, y muy eficaz por cierto, fusil de asalto del bloque soviético.

¡PANIIIINNG!

—En absoluto, en absoluto, querido colega, en absoluta. El inconfundible sonido de la ráfaga delata, a mi parecer, la procedencia de los disparos. Se trata, a no dudar, de algunos ejemplares, varias docenas diría yo, de ese producto tan exportado desde tu país que es el fusil

«M-16»,
probablemente en su versión modificada
A-l.
¡DA-DA-DA-DA-DA-D
A-DA-DAMMMMM!

—Mi tesis viene avalada por nuestra localización actual en el continente europeo, y en un país como Italia, con fuerte implantación del comercio norteamericano. Se trata, claro está, de hacer aparecer algunos cadáveres, el tuyo y el mío por ejemplo, y el de esta venerable anciana, alcanzados por disparos de «Kalashnikov».
AK-47.
Por cierto, los autores podrían ser nuestros amigos de la sociedad ELEKTRA,[9] en cuyo caso pudiera tratarse, a lo sumo, de la copia china que con la denominación de «Type 56» pudo obtenerse hace unos años, procedente del mercado negro vietnamita.

¡DA-DAMMM! ¡DA-DA-DAMMM!

—Ya que nombras a ELEKTRA, y dando por descontado el hecho de que claramente lo que estos individuos se proponen es freímos a tiros, su finalidad última sería la de indisponer nuevamente al bloque soviético contra el bloque predominantemente pro-norteamericano. Ello permitiría la venta de más ejemplares de armas tan eficaces como estos
«M-16».
Avala mi tesis el hecho de que este proyectil que acaba de incrustarse en la pared a mi lado, míralo, es un
5,56 mm.,
aunque no ignoro que las fuerzas norteamericanas encuadradas en la OTAN no emplean en el continente europeo tal calibre, dado que…

Se interrumpió, porque había oído claramente su propia voz, en lugar de hablar a gritos entre el estrépito de los disparos.

Escuchamos los dos. Silencio absoluto.

Y eso que no nos han oído, pensé. Si nos hubieran oído, lo que ahora rompería el silencio serían las sirenas de ambulancias de los loqueros. Pero deben estar todos los de Italia ocupados aún con el piloto del
DC-10.

ZZZZZZDOP.

Una granada de gases acababa de caer en el interior de la cabaña, y el gas empezaba a salir a borbotones. Afortunadamente, hay granadas que expulsan el contenido de forma bastante lenta al destaparse, y ésta era una especie de tortuga haciendo su trabajo. Se me encendieron las luces interiores de «alerta roja» (que debían haber estado fundidas durante la charla anterior sobre armamento) y, poniéndome en pie de un salto, exclame:

—¡Al pozo, deprisa! ¡Van a entrar!

No teníamos más salida, en efecto. Los gases lacrimógenos te convierten en un humillado muñeco deshecho en lágrimas y mocos. Así que el pozo nos protegería, sobre todo sabiendo que los gases tienen tendencia a subir, pero casi nunca a bajar. Los lacrimógenos incluidos.

Lina saltó primero. Yo pude aún, mientras los gases se expandían, agarrarme a una especie de armario pequeño, una desvencijada cómoda, que formaba parte del mobiliario de la bruja. Tiré de ella hacia mí justo en el momento de saltar al agujero, de manera que al caer cerrara la boca del pozo. Algo protegería, pensé. Fueran quienes fueran los de fuera, y usaran el armamento que usaran en su deseo de freímos a tiros.

Al llegar abajo, procurando frenarme con las raíces, Lina tenía una de sus expresiones de concentración mental. «Arrea», pensé, «ésta se me transforma otra vez». Pero no.

Movía los labios. Parecía escuchar. Se agarraba las sienes con ambas manos. Decía «sí… sí», y luego «a mi derecha, sí… Cavar, sí».

Arriba se oían voces. Yo ardía en deseos de saber quién demonios eran, qué diablos querían, y hacerles pagar a precio de oro sus malas intenciones para con nuestra salud corporal. Pero Lina me tiraba ahora de la manga:

—La Stregha, Indiana. Su voz en mi mente. Nos dice que cavemos ahí. Justo donde la coloración de la tierra es distinta. Justo ahí.

Una vez más: mujeres. Si una mujer dice «tenemos que cavar», en realidad significa «te digo que caves, bestia. Al fin y al cabo no servís para otra cosa…».

Cavé, claro. A saber qué podíamos hacer, vistas las intenciones de los de arriba. Sólo con las manos y algún resto de raíz, pero cavé.

La tierra estaba muy suelta. Casi parecía que el túnel que yo hacía estaba ya hecho y yo sólo lo despejara. Cedió a toda velocidad. A lo mejor era así y sólo había sido cegado para evitar la salida de las serpientes. El caso es que cedió pronto, y me encontré reptando, sin una mala luz, por una grieta natural del terreno.

Oí voces lejanas allá atrás. Imposible retroceder, estaban los de la artillería ligera.

—Sigamos, Indy —dijo a mi espalda Lina—. La voz decía que hay un camino. Pero…

—Pero qué. Dime lo que sea, venga. Total, peor de lo que estamos…

—Bueno… —dijo, y la voz le temblaba un poco—. Habló de un… De que encontraríamos un terremoto.

¡Dioses!

CAPÍTULO VI

Lo mío son los peligros que vienen de cosas materiales. La tierra es cosa muy material, pero cuando se mueve, ya no sabe uno en qué apoyarse. La verdad, no me hace demasiada gracia.

Añadiría que, puestos a enfrentarse a algo, prefiero hacerlo a la luz del día. Al aire libre. Cuanto más libre el aire, mejor. Estoy hecho para los espacios abiertos.

Gateando unas veces, reptando como una serpiente (más delgada que las que dejábamos atrás, tan maltrechas) otras; escalando un poco cuando la grieta que seguíamos se ponía empinada, y en la mayoría de los casos pasándolas muy apretadas, seguimos avanzando. Me invadía una sensación de ratón despistado haciendo todo lo posible porque la ratonera se cerrase lo mejor posible alrededor. Pero no había mucho más que hacer.

Y sobre todo, la oscuridad. Había encontrado en un bolsillo de mi pantalón una carterita de cerillas de las que te dan en los restaurantes: un vestigio de tiempos mejores ya pasados. La verdad es que ese invento es una calamidad. Sirve para bien poco. El fósforo de fuera, el de la banda donde se rasca, suele estropearse, de forma que, luego, cuando frotas, las cerillas no se encienden. Un desastre.

Había gastado diez de las doce que quedaban, una en cada momento estratégico, donde la grieta se ponía más difícil. Pero luego era peor, porque los ojos acostumbrados a la luz repentina y concentrada tardaban en ponerse otra vez a nivel oscuridad. Que por otra parte era total. Las bocas de los lobos, que dice la habitual frase hecha, son un luminoso amanecer comparadas con las profundidades de la llamada «madre tierra», que a mí me parecía más bien madrastra. Y si no estábamos ya en el proverbial centro de

la tierra, lo parecía.

Lina venía detrás, muy callada. Parecía darse cuenta de que estaba haciendo lo único que podía hacerse. Me pregunté si no le daría un ataque lobuno sintiéndose atrapada. Porque entonces, yo sería la única presa a su alcance, y no estaba muy dispuesto a…

Entonces empero todo.

Me sentí como una guinda dentro de una coctelera en manos de un experto barman.

Como un honesto y despistado calcetín viejo en las profundidades de una lavadora automática. Me sentí zarandeado, biodegradado, centrifugado y machacado.

El anunciado terremoto estaba allí.

Y nosotros en medio de la grieta.

Que, por supuesto, nada garantizaba que no fuera a cerrarse, cosas más raras han hecho los terremotos.

«Y el Vesubio ahí al lado», pensé.

¿A qué íbamos a salir volando entre lava y piedra pómez por la boca del volcán? La exótica perspectiva, por muy turística que resultara, no me atraía en absoluto.

Alcancé a coger la mano de Lina, mientras todo bailaba. A los primeros compases de baile les había precedido un solo de batería. Quiero decir, un retumbar sordo, venido como de muy lejos, que nos había envuelto un momento (algo así como meter la cabeza entre los dos parches del bombo que usaba Gene Kupra en sus interpretaciones jazzísticas, en pleno solo) y se alejaba ahora.

Cayeron piedras de todos los calibres y diámetros. Arenas y grava de los más variados orígenes geológicos.

Y luego llegó el agua.

Como si alguien hubiera tirado de la cisterna por ahí arriba y nosotros fuéramos… Vamos a dejarlo en «desecho orgánico».

Allá fuimos, grieta adelante, rodando. Me desollé el hombro, me di cabezazos contra la roca, un golpetazo me magulló la cadera. No me pregunten cómo conseguí no soltar la mano de Lina, porque no fue el valor, desde luego, ni ninguna otra noble cualidad del alma humana. Yo creo que fue de puro miedo, porque era lo único agradable a lo que agarrarse.

Dioses, qué centrifugado.

Cuando llegó el aclarado, casi no me lo creía.

Creí percibir aire puro un momento, y algo de luz. Quedó una sensación difusa de lo segundo, porque lo primero se esfumó enseguida. Y es muy cierto que lo necesitaba, mis pulmones estaban a punto de estallar.

Lina emergió detrás de mí tan necesitada de aire puro como yo.

Pero ¿dónde estábamos?

Aquello más parecía una piscina cubierta que otra cosa. A varios metros de distancia había un borde de cemento. Y más allá, una extraña construcción. Miré en torno, y en efecto: un gran estanque o depósito de agua subterráneo, con una bóveda rocosa arriba, a gran altura.

En el agua, a mi derecha, sobresalía una roca algo extraña.

No, era a mi izquierda.

¡Dioses, no era una roca!

Sólo por milímetros esquivé la embestida. La «roca» volvió a alejarse, para girar enseguida y dirigirse de nuevo hacia mí: una espléndida aleta dorsal de lo que debía ser el tiburón de más generosas dimensiones que jamás hubiera visto yo. Y atacaba, el muy bestia.

Volví a esquivarlo por muy poco. Pero me rozó su piel. Y ya se sabe lo que es la piel de los tiburones: hay variedades que son perseguidas porque esa piel se usa como una especie de papel de lija. Si lo coges «a contrapelo», las escamas te desuellan.

Hice señas a Lina de que se alejara, esperando que no hubiera más que un animal de ésos, y que por el túnel por donde nosotros habíamos llegado no apareciesen más. Y me dispuse a enfrentarme con aquella mala bestia.

Los tiburones no suelen atacar al hombre, salvo que sean molestados o estén especialmente hambrientos. Pero no estaba dispuesto a hacerle «tests» psicológicos al bicho para adivinar sus intenciones y la motivación profunda de sus actos.

Intenté recordar algo sobre los tiburones. Incluso recordé que un pescador caribeño me había hablado de que son sensibles a los ruidos o no sé qué. Pero, por segunda vez en poco tiempo, mis conocimientos de biología animal resultaron insuficientes.

Usé mis botas, de nuevo, puestas por delante, intentando parar la acometida. Pero hacer acrobacias teniendo detrás una sólida roca es una cosa, y hacerlo con el agua por único apoyo es otra. Fallé.

Sólo conseguí que el animal fallara un poco también. Sólo se llevó parte de mi pantalón. O sea, que por milímetros no se fue con él parte de mi pierna.

De pronto, cuando ya me volvía para afrontar cara a cara la embestida del escualo, recordé: el hocico. Los pescadores suelen golpear a los tiburones en el hocico. Parece ser que es muy sensible.

Qué grande eres, Indiana. No hay otro.

Me hice un ovillo, las rodillas ante la cintura, los pies por delante, manteniendo el equilibrio con un suave aletear de las manos. Tomé aire, y cuando el tiburón se me acercó, viniendo a por todas, me sumergí. Había muy poca luz bajo el agua, y el tiburón tiene la piel de un grisáceo muy adecuado como camuflaje submarino, pero lo distinguí suficientemente bien. Y cuando estuvo cerca, le lancé una doble patada, con los pies unidos, la punta hacia adelante para mejor surcar el aire, hacia el hocico.

Blanco de lleno. El agua se agitó como en surtidor cuando el escualo se revolvió dolorido, aleteando como loco. Aproveché para huir a escape hacia el borde.

Estaba como a una eternidad, pero llegué. No era precisamente el de una piscina de lujo y no había escalerilla, pero subí. Lo de fuera no podía compararse a las baldosas del jardín de un millonario californiano, pero me tendí sobre el duro suelo. Estaba verdadera, total y absolutamente agotado. Para el arrastre.

No tenía fuerzas para preguntarme por el sentido de todo aquello. Esperaba que, puesto que era evidente que se trataba de una pesadilla, el despertar llegase pronto. Pero de todas formas no podía hacer más que descansar, al precio que fuera. Estaba deshecho de cansancio. Por eso me sentí incapaz de ayudar a Lina a salir del agua, y por eso reaccioné demasiado tarde al ataque frontal de un señor que pasaba por allí con una porra.

Le miré y él me pegó, crac, y yo le agradecí que me permitiera descansar un poco.

Capítulo VII

—Encantado de saludarle, señor. Soy Lucca Guglielmo —dijo la voz entre las nubes.

Emergí de las nubes, y me encontré en un elegante dormitorio propio de un museo. Me recordó el Palacio de Versalles, que visité hace años, un día que me aburría en París.

«O sea que sigo soñando. Por lo menos ya no es una pesadilla. Es más agradable», pensé. Así que me di la vuelta y volví a dormir, que buena falta me hacía.

Cuando volví a abrir los ojos, no había Lucca Guglielmo, pero el decorado seguía allí. Versalles. Todo alrededor. Incluida la cama.

A ver, no nos precipitemos, pensé. Y me puse a ordenar mis recuerdos. Los hombres-lobo, Lina, abueletes de Pearl Harbor, algo de sangre, un avión, una bruja, serpientes… Una competición balística, el centro de la tierra, un terremoto, un tiburón… Sí, está todo. Salvo un eslabón de la cadena. ¿Cómo demonios había saltado del borde del estanque subterráneo a los salones rococó?

Razona un poco, Indiana, dioses. Para empezar, esto no es Versalles, aunque se le parece bastante. Veamos…

En efecto, los muebles de alrededor no eran tan recargados como los que recordaba haber visto en el palacio. (Por cierto, no estaba por ninguna parte el cuadro aquel de la cortesana cogiéndole a la reina la puntita del pezón con dos deditos, delicadamente… Habían estado a punto de echarme del palacio cuando lo vi. El guía encontró de muy malos modales las carcajadas que pegué, doblándome en dos. Puso cara de desaprobar el comportamiento de los americanos, su absoluta falta de cultura). No. Eran más bien muebles algo anteriores, de un período no tan barroco. Menos recargados. A ver… Incrustaciones de latón dorado, maderas de

varios tipos, contrastando con la más clara de la que estaba construido el mueble… ¿Cómo se llamaba aquello? Yo no había puesto demasiada atención a las palabras del guía, pendiente como estaba de las profundidades del escote de una turista nórdica próxima a mí, pero… Ah, sí, taracea. Las incrustaciones de conchas marinas y maderas se llamaban así, taracea.

De todas formas, era el estilo de los reyes de Francia, los Luises. Un estilo que yo encontraba horroroso por otra parte. Pero nadie habría pedido mi opinión antes de meterme en aquel majestuoso dormitorio que tenía poco que envidiarle a los del palacio. La «grandeur» francesa, que distinguió a De Gaulle… y que ha sido codiciada por todos los ambiciosos que en el mundo han sido.

Pero ¿quién me había llevado a mí…? ¿Cómo había llegado yo a semejante sitio?

Me levanté de la cama, una cama con dosel y todo, donde había amanecido. Fui hacia la ventana, apartando cortinajes. Pude ver bien poco. Una chapa metálica en lugar de los cristales. La única luz ambiental procedía de las molduras del techo, en las que estaban muy bien disimulados algunos tubos de neón, de la intensidad exacta. A saber qué hora sería.

Volví a concentrarme en los muebles. Como juego para pasar el rato, me intrigaban.

—Luego si no son del final del período, cuando ya se hicieron exageradamente barrocos, no son estilo Luis XVI, que fue el último de estos reyes. Luego serán…

—Luis XIV, exactamente, señor Jones —dijo una voz en alguna parte.

Volvamos a empezar. Otro que se equivoca.

—James, si no le importa, quienquiera que sea. Indiana. «James». Yo no hago películas ni uso ridículos sombreros. Si quiere alternar con el astro de la pantalla, ¿por qué no le invita a él y deja que yo me vaya a casa?

Un día me encontraré cara a cara con mi tocayo, y se va a tragar los dientes, en pago de las veces que me han tomado por él.

—Mis excusas, señor James. Cuando esté vestido, ¿querrá unirse a nosotros, por favor? La puerta está a su derecha. No, no mire tan a la derecha. Tras los cortinajes. Exacto, ahora puede verla.

Así que estaba siendo observado. Circuito cerrado de televisión,

claro. Vaya, vaya. Pero había dicho «unirse a nosotros». ¿Estaría Lina en ese «nosotros»? Empezaba a preocuparme por su suerte.

En una de las almibaradas sillas estaba mi chaleco, irreconocible de tan limpio. Con todo su contenido en los bolsillos, increíble. Entre las cosas que siempre llevo a mano por lo que pueda pasar encontré en su lugar la navaja mil usos, el carrete de hilo de nylon, los mil cachivaches, incluso la caja de los… Bueno, sí, estaba todo.

Alguien había colocado allí, además, una camisa de corte militar y tela resistente, como la que suelo llevar, y unos pantalones de faena, parecidos a los que me había destrozado el tiburón. Increíble. Me estaban cuidando como no lo hizo ni mi madre.

AI final del pasillo que empezaba al salir de la habitación había luz. Más allá, una puerta. Tras la puerta, una amplia biblioteca también versallesca. Y entre libros, sentado a una mesa, un tipo extraño. Ante la mesa, Lina. Con cara de «vaya, por fin». No con los andrajos con que había llegado donde el tiburón.

—Pase, señor James —dijo—. Y reconocí la voz que había oído en sueños. —Soy Lucca Guglielmo. Me buscaban, ¿no es cierto?

Tenía la edad de los demás abueletes nostálgicos. Pero otro aspecto, diría que más refinado, o quizá más siniestro, según se mirase. Desde luego, no era norteamericano sino latino. Mediterráneo, de éstos tan morenos, pelo negro por toda la cara, ya saben: cejas, bigote… Cierto aire como profesoral, pero sin esa extraña presunción de dignidad que tienen los que han llegado a las cumbres del saber, los que van de cultos por la vida y nos perdonan un poco a los demás que seamos, pobrecitos, tan burros como somos. No. Tenía un aspecto más bien de comerciante o algo así, representante de comercio o barbero, no sé… No encajaba demasiado con tanto lujo de alrededor.

Me senté en otra silla, ante el escritorio como de despacho. Parecía, a medias, que nos recibía un ministro o que el gerente de un gran hotel nos iba a hacer explicarle por qué habíamos metido tanto jaleo en su negocio la noche anterior.

—Ha dormido mucho, señor James. Mucho. Se diría que estaba realmente fatigado —empezó el tío.

—No, en absoluto. Cada mañana, antes de desayunar, me cargo un par de tiburonazos como aquél. Es parte del entrenamiento que me mantiene en forma. Ideal para la línea —le respondí. A mí no

me achanta nadie, qué se creía, con tanto lujo—. Eso sin contar lo que había habido antes.

Hizo una risita estúpida, y comentó:

—Ah, sí, lo de antes. Una vida muy agitada la de ustedes, ¿verdad? Tantas molestias… Aún no comprendo muy bien qué pasó con el aeroplano, pero…

Si el tipo me caía mal, ahora deduje que era un cursi. Una persona que dice «aeroplano» en los tiempos que corren, no es de fiar.

—Sí, claro. Lamentamos mucho, mi compañera y yo, haber hecho esperar a tanta gente como tenía usted esperándonos en el aeropuerto para aeroplanos —dije, pronunciando lo de «aero» así, con retintín.

—¿Cómo lo sabe? —dijo sin inmutarse—. Bien, no importa. En efecto, fue extraño comprobar que un aparato de línea desaparece de pronto para tomar tierra en lugar tan insólito… Hay numerosos detalles que me gustaría conocer… Pero algo en su actitud me indica que está tan poco dispuesto a informarme como lo ha estado su encantadora acompañante, la señorita… Aún ignoro su nombre, no ha querido comunicármelo. El suyo sí ha llegado a mis oídos, entre otras cosas por el pasaporte que llevaba en el bolsillo de su exótica prenda de vestir, pero el de la dama…

—María Antonieta. La dama se llama María Antonieta, de acuerdo con el «incomparable marco». Y el pasaporte es falso. En realidad me llamo Robespierre, no se confunda.

Volvió a hacer el ruidito que él debía de creer una risa. Yo sé que nos había atendido a cuerpo de rey, nunca mejor dicho, pero el tipo me caía gordo, y cuando me huelo la trampa detrás de alguien…

—Mmmm, lástima de humor, tan fuera de tono. Intuyo que no están dispuestos a colaborar, ¿verdad? Eso puede alterar de forma incómoda los detalles de su estancia aquí…

Y ahora ya tenía en la voz su poco de cabreo y todo. Así que pasé al ataque:

—En lugar de eso, ¿por qué no empieza a explicar qué hacemos aquí, qué demonio de lugar es éste, dónde diablos estamos y qué es lo que persigue con esta persecución? Porque no me dirá que es parte de una agencia de viajes, ¿verdad? Del Club Mediterranée o

una de esas estupideces…

—¿No lo han adivinado? Están en el centro de la tierra, o casi. En el corazón de la madre Tierra, de este planeta condenado a morir.

—Ya. Y usted es el doctor Barnard, dispuesto a operar a la madre Tierra a corazón abierto y trasplantarle otro corazón, si hace falta.

Pero los ojos de Lina me enviaron un mensaje de atención. Recordé las palabras de la Stregha: «Un hombre quiere matar a la madre, a la madre Tierra… No, no es inofensivo, no…». Lo recordé, y empecé a sentirme incómodo. Además, en la mirada del Guglielmo había algo muy poco sano que me inquietaba por momentos. Pero decidí seguir tirando del hilo, a ver si averiguaba algo.

—Bueno, tampoco hay que exagerar… El centro de la tierra… ¿No será más bien el cráter de un volcán apagado?

Pareció sorprenderse. Debía estarse preguntando quién podía haberme contado aquello. Claro, él no había hablado con la Stregha…

—Muy inteligente, señor James. Ignoro cómo, pero ha dado en el blanco. Está en lo cierto. Un antiguo volcán, probablemente una de las bocas por donde la madre Tierra desahogaba sus iras antes de encontrar, hace milenios, la otra boca más conocida actualmente. Me refiero a nuestro vecino, el Vesubio, apenas a unas pocas docenas de kilómetros de aquí… Pero la geología es caprichosa, y la madre Tierra decidió caprichosamente cambiar de comportamiento… Dejó sin embargo aquí esta cavidad, tan útil para quien sepa aprovecharla…

—Comprendo. Si no me equivoco, debemos estar no muy lejos, aunque por debajo, de Battipaglia, donde usted tiene su residencia habitual. Probablemente su volcán está debajo de Picentini.

Lina estaba tan sorprendida como el italiano. Movía la cabeza de uno a otro, como los espectadores de un partido de tenis. Cuando me miraba a mí, yo veía en sus ojos, por primera vez, algo parecido a la admiración. No sabía que todo era puro farol, estilo póquer. Una manera de hacer hablar al otro. En realidad no tenía ni idea, pero aquel tipo se había propuesto deslumbrarnos a base de lujo y de presumir de conocimientos, y conmigo había pinchado en hueso.

—Cierto, cierto, en las estribaciones del Monte Picentini. Fueron los azares de la guerra los que me trajeron aquí.

Puse cara de experto en historia, como si tuviera todas las informaciones posibles en mi cabeza, en forma de fichas:

—Sí, claro. El general Mark Clark, ¿no es eso?

La partida estaba en mis manos, pero el Guglielmo no estaba dispuesto a demostrar que se le había escapado el control. Sólo que lo estaba poniendo nervioso, lo cual me divertía. Pero la voz de la Stregha repetía en mi cerebro: «No es inofensivo, no…».

—En efecto, yo formaba parte de su Estado Mayor, como técnico. Mi formación científica me permitió acompañarle tras su desembarco en estas tierras de mis antepasados. Estaba incluido en el equipo que le proporcionaba datos meteorológicos y científicos…

Lo dejé hablar. Estaba ansioso por decirnos lo mucho que sabía.

—El general llegó a inquietarse por el comportamiento del Vesubio, y lo que pudiera afectar al avance de los aliados una posible erupción. Junto a otros expertos al servicio de las fuerzas armadas, hice mediciones, cálculos… Un pequeño y rudimentario sismógrafo que fue empleado en el Picentini me hizo conocer esta cavidad subterránea, comunicada con el exterior sólo por un par de grietas del terreno… Un descubrimiento inútil para el avance de los ejércitos, pero muy conveniente para mí…

Ahora estaba claro en sus ojos: conforme hablaba de sí mismo, era evidente su locura. Lina se había dado cuenta también, y me lo dijo, rápidamente, con una mirada. Decidió meter baza ella también:

—Pudo haber servido para el ejército. Si es como dice, podría haber sido un buen refugio…

Buen tanto para Lina. Una mujer demostraba comprender el talento oculto del Lucca. No debía haber sido frecuente que las mujeres le hicieran mucho caso. Ni nadie, en realidad.

—Lo propuse, lo propuse, en efecto —dijo el italiano, con un suspiro—. El mismo general lo supo. Pero no hizo caso. Tenía prisa por avanzar, avanzar, como siempre pasa con los militares en campaña. No supo valorar lo que le ofrecía. Las entrañas de la madre Tierra…

El señor Freud, don Segismundo, hubiera disfrutado con aquel tipo. Tanta alusión a la madre me traía frito. Pero había que tirarle

de la lengua, y seguí:

—Si no me equivoco, ya en el Pacífico había usted demostrado sus conocimientos, ¿no? ¿Pearl Harbor?

Ahora el tío se sentía seguro: ya sabía que sabíamos eso, así que estaba convencido de tenernos deslumbrados.

—Sí, también prestaba mis servicios allí, al comienzo de la guerra. Me confiaron la custodia de un almacén secreto, del que nadie debía saber lo importante que era. Yo era un científico y podía valorarlo, hice un informe completo de lo que allí se guardaba… Pero se perdió, debió perderse.

—Las cajas con los restos del Sinanthropus, ¿verdad? Nadie que no fuera usted podía saber su valor —dijo Lina, como yo intentando sonsacar al tío.

—¡Nadie! ¡Nadie sino yo! —dijo, y sonrió enseguida, entre tímida y malévolamente—: Algunos lo intentaron, algunos fisgonearon un poco, pero… Eran torpes, vulgares soldados de la base que se aburrían y querían curiosear. Pero a ésos ya los conocen ustedes… Bueno, en realidad los conocieron demasiado tarde, cuando ya no podían hablar con ustedes…

Y se reía, el desgraciado. Lina estaba indignándose por momentos, y eso se notaba. Pero el tipo seguía:

—Cuando acabó la guerra, yo había logrado apoderarme de la mayoría del contenido de aquel almacén. Ya saben, la guerra es un gran momento para actuar, si se es inteligente, je, je… Basta con conocer la mecánica interna del ejército, la forma de alterar los informes y demás… Uno puede hacer incluso que un convoy entero de camiones descargue mercancías en el lugar más interesante, y luego hacer que figure un lugar distinto como punto de destino, je, je… Hay quien se ha hecho rico así. ¡Pero yo era un científico! ¡Yo creía en la ciencia! Yo quería para mí la gloría de Champollion, o mayor aún.

Estábamos llegando al final, y Lina lo sabía también. Así que largué:

—Y lo mismo que Champollion descifró los jeroglíficos egipcios, usted quería descifrar aquellos incomprensibles jeroglíficos que el destino había puesto en sus manos, providencialmente…

—Exacto, aquel tesoro incalculable que la guerra hubiera hecho desaparecer. Tuve, desde luego, que perder mucho tiempo,

vendiendo algunas de las piedras menos interesantes a coleccionistas privados, por cantidades astronómicas, pero eso me dio dinero, algún dinero. Y lo invertí adecuadamente, en manos de quien más agradece un préstamo, y da los mejores intereses: mis compatriotas de la Honorable Sociedad… La Mafia, que dicen en su país, señor James. Pero me hice un hombre rico, y pude dedicarme a la ciencia…

Y aquí fue cuando se armó. Lina perdió los estribos, y se armó el jaleo que rompió todo el juego…

CAPÍTULO VIII

La ira de Lina había ido en aumento, y no tuvo paciencia para seguir. Se echó hacia delante, pegó un puñetazo en la elegante mesa de despacho, y gritó hacia el italiano:

—¡Sí, se dedicó a la ciencia! ¡Se dedicó científicamente a descifrar esas piedras labradas, patrimonio de un pueblo perdido, y a utilizar para sus propios fines los conocimientos que habrían podido cambiar su destino! ¡Utilizó esa riqueza para su propio beneficio, mientras miles de inocentes sufrían el peor de los exilios en otro planeta hostil, privados de esos conocimientos! ¡Construyó esta estúpida guarida a base de diseminar por el mundo, en manos de estúpidos ricachones ignorantes, un legado histórico de milenios que hubiera podido cambiar el curso de la historia! ¡Construyó ese transmisor, aún no sé cómo, para condenar a todo este planeta a la destrucción en lugar de ayudar a mejorarlo! ¡Y no le importó matar a un montón de pequeños idiotas que en su día supieron de sus negocios y ahora podían estorbarle, ¿no es eso?! ¿Científico, dice? ¡Usted es un sucio criminal peor que sus amigos mafiosos, por mucho Versalles que le ponga!

Intenté calmarla, pero no pude. Guglielmo estaba blanco, los ojos se le iban cada uno por su lado. Lina se lo había dicho todo de golpe, en un concentrado de todo el fracaso de su vida. Y además era una mujer, y con tanto rollo de la madre, algo tenía que añadir aquello a su evidente locura.

—¡Sí, lo hice! —gritó, enfrentándose a Lina—. ¡Lo hice! ¡Ellos se lo buscaron! ¡Ustedes, todos! ¡El ejército, los Estados Unidos, los aliados, el general! ¡Ninguno me hizo caso, nadie supo ver a quién tenía delante! ¡Nadie supo valorar mi talento, nadie! Intenté hablar de mis descubrimientos en universidades, fundaciones… me

tomaron por loco. ¡Me rechazaban… a mi! ¡Se negaban a recibirme, yo no era nadie, las secretarias me ponían en la puerta por orden de quien ni siquiera accedía a recibirme… a mi! ¡El general, otro inepto! ¡El mismo Louvre cuando fui a ofrecerle mi saber… me rechazaron! ¡Ellos se lo buscaron! ¡Ellos! ¡Todos ustedes!

Tiré de Lina hacia mí. Nos habíamos puesto todos de pie, y la hice retroceder poco a poco. Pero el enfurecido Guglielmo vino hacia nosotros, sin dejar de gritar, gesticulando. Su locura era ya evidente, pero lo estaba soltando todo, y yo quería saber ese lodo.

—¡Se lo buscaron! Intenté suicidarme, quise morir, pero cambié de idea. Era mucho más dulce, más perfecto, que mueran conmigo todos los que me habían rechazado. ¡Todos! No, no soy de los que caen solos, no. ¡No! Si caigo yo, caen todos conmigo. ¡Toda la humanidad! ¡Ésa es mi grandeza, el testimonio de mi poder! ¡Mi inmenso poder!

Estaba ahora en el centro de la habitación, la cabeza echada hacia atrás, los brazos abiertos hacia el techo… Parecía querer abarcarlo todo, como implorar a los dioses, yo qué sé. Mientras tanto, yo buscaba un escape, y detrás de nuestras espaldas debía haber una puerta… Pero el tipo seguía:

—Mi descubrimiento se convirtió en mi arma. Yo sabía por mis queridas inscripciones que en alguna parte del universo había alguien, alguien superior, a la escucha desde hace milenios. Y tenía cómo hablarle a ese Alguien. ¡Yo, Lucca Guglielmo el Magno, se lo he estado diciendo! ¡Avisando a ese Alguien de que la humanidad es asesina, es innoble, no merece seguir existiendo! ¡Yo causaré el Holocausto! ¡Yo destruiré este planeta bastardo, aliándome con el Maligno! ¡Yo haré desaparecer a la madre indigna, la Tierra maldita que no me acogió!

Lina, con una increíble mala intención, le escupió su desprecio concentrado:

—Nadie va a hacerle caso, pobre demente. Nadie le escucha, mamarracho.

El otro encajó el golpe, incrédulo:

—¿Qué… qué dice? ¿Qué sabe usted?

—Si en alguna parte hay en verdad alguna inteligencia superior que recibe sus locos mensajes, será lo suficientemente superior como para reírse de sus absurdas pretensiones. Piensa seguramente

que sus mensajes, las inscripciones que pertenecen a mi raza y que ellos dejaron atrás para guiarnos algún día de regreso, han caído en manos ineptas. La comunicación mental no conoce tiempo ni espacio, debiera saberlo. Mi pueblo ha captado mensajes de ése su Alguien, mensajes que dicen que hemos de actuar, volver el legado del pasado a las manos que de verdad lo merecen, a su destino primero. Por todo el planeta, mi pueblo está buscando al ladrón. Y somos muchos. Muchos.

Guglielmo, fuera de sí, vino hacia nosotros. Pero yo había encontrado la puerta, y tiraba de Lina hacia ella.

Si antes habíamos estado en Versalles, ahora entramos en el Louvre. Al otro lado de la puerta nos esperaba el mismísimo museo del Louvre.

O algo parecido.

En magníficas vitrinas de grueso cristal, sobre soportes de plástico transparente, estaba el Hombre de Pekín, mirándonos.

El Sinanthropus, no sé si muy Erectus, pero bastante tieso, desde luego.

Bueno, lo que había era una colección de huesos hechos pedazos. Una incontable cantidad de huesos, cuidadosamente colocados, como un *puzzle* bien terminado. Formaban un esqueleto casi perfecto. Apenas faltaban algunos trozos. El esqueleto de algo parecido a un gorila o un gran orangután, algo cargado de hombros, la cabeza hacia adelante, una frente abombada, bastante monstruoso.

A su lado, una reconstrucción, hecha con materiales que me figuré que serían semejantes al látex, a la silicona o a esas cosas, del Sinanthropus dichoso. A eso me refiero cuando hablo de una especie de gorila o de orangután. Desde luego, un candidato muy poco firme al título de Míster Universo. Con muy pocas probabilidades. A su lado, o mejor dicho frente a él, casi me sentí, por primera vez en mi vida, un tío guapo, con eso queda dicho todo.

El loco aquel, rechazado por los museos, se había construido el suyo.

Y por todo el resto de la gran cámara, en otros armarios de cristal semejantes, estaban las piedras, las famosas piedras grabadas con los no menos famosos jeroglíficos.

En un rincón, una gigantesca mesa de trabajo de metal y plástico, llena de instrumentos de medición y cálculo, una especie de ampliadora, algún otro aparato óptico, semejante a unos Rayos X de mesa… Algo así.

Y por otra puerta (en aquella casa, o lo que fuera, no debían de dar abasto a engrasar bisagras y cerraduras), estaba entrando por su propio pie otro Sinanthropus, pero más grande. Y más bestia.

Éste iba vestido, pero la pinta era como de alguien de la familia. Otro Eslabón Perdido pero encontrado por alguien en cualquier circo, con los fenómenos.

Y por desgracia para nosotros, no había vitrina alguna entre aquella cosa lejanamente humana y nosotros. Lina y yo.

El Guglielmo se había cansado de hablar, su discurso anterior le debía haber dejado sin saliva. Porque sólo dijo, dirigiéndose al Pitecantropus aquél:

—Mátalos.

Y la cosa debía tener algo parecido a un cerebro, porque le entendió. Vino hacia nosotros, y sus intenciones eran, desde luego, de todo menos amables.

Eché mano del aparato de rayos y salí al encuentro de la fiera.

(Al fin y al cabo, era lo más pesado, lo más contundente…).

Le debió hacer muchísima gracia al bicho. Pero efecto, ninguno. Le desintegré el aparato en la cabeza, enchufado y todo, y creí que le habría hecho ver las estrellas, pero ni se inmutó. Las únicas cosas brillantes fueron los chispazos eléctricos del trasto al romperse.

La ampliadora fue algo semejante. Pero al ser de metal más sólido, me permitió darle dos o tres veces en la cabeza. Si no se echó a reír, a mí me lo parecía. Pero siguió intentando cogerme.

Entendí bastantes cosas. Entendí, de golpe, quién había estrangulado al Freddy Whistlock, cortado en rodajas a Kenneth Fowles, machacado el cráneo de Thomas Paddington, descuartizado al Fulaning aquél, incluso machacado al Etcéterez puertorriqueño. Lo comprendí estupendamente. Y lamenté no tener allí mi propia colección de *souvenirs* de guerra. Un pequeño cañón del «155», por ejemplo, o un carro de combate (no digan nunca tanque, no me sean vulgares). Sherman Firefly, cañón de 17 libras, por ejemplo. Prometí formar mi propia colección en el futuro.

Pero como no había nada de eso a mano, opté por tirarle a la

cabeza lo primero que encontré. Todo el material de encima de la mesa, por de pronto. Hasta los compases.

Y, cuando nada de eso le hizo efecto, la misma mesa.

¿He dicho que era gigantesca? Sí, lo era. Pero cuando a uno le persigue un gorila semejante, la adrenalina hace milagros. Además, ¿no usaba un sofá el 007 en una de sus películas? ¿Qué tengo yo que envidiarle al amigo Bond, que es mucho menos ridículo que mi odiado Jones?

Lástima que, al mover la mesa, derribara la primera vitrina con restos. El Guglielmo empezó a gritar en alguna parte de la habitación. Eso puso nueva banda sonora a nuestra propia película.

El tablero plástico de la mesa se partió en dos en la cabeza granítica del monstruo, que apenas se inmutó. Seguí atizándole con los restos a la vez que, lo confieso, retrocedía estratégicamente.

No, ¿quién dijo huida? Un repliegue estratégico, que dicen los militares. Algo muy estudiado.

Estudiado para quitarme de delante de aquella cosa imparable, quiero decir.

Lástima grande que hubiera todas aquellas vitrinas llenas de huesos y piedras por medio. ¿Quién les mandaba ponerlas allí, en mitad de mi camino de estratégico repliegue? Además, el dueño había sido quien empezó la cosa. Uno, en tales casos, no responde.

Entre estrépito de cristales y machacando restos, el homínido prehistórico seguía avanzando, afortunadamente lento, pero eso sí, muy seguro. Y absolutamente imparable. Calculé que un antitanque, a lo mejor…

Le volqué encima la vitrina, bastante grande, del muñeco de látex reconstruido. Un momento después el muñeco era volador: se fue hacia el techo de un manotazo, como un buen despeje de puños de portero inspirado en tarde de eliminatoria. Y el rinoceronte antropomorfo, viniendo a por mí.

Lina había desaparecido. Alcancé a ver a Lucca Guglielmo que se largaba por la puerta misma por la que había entrado el monstruo, dejándonos a solas para que ganáramos intimidad. Y el monstruo se interponía en el camino, por lo que no podía escapar yo también por la misma puerta.

Lo hice por la otra, por la que habíamos entrado Lina y yo seguidos por Guglielmo.

Soy un ingenuo: intenté cerrar la puerta para impedirle el paso. El animal aquel dejó solo algunas astillas de la pobre puerta balanceándose colgadas de las bisagras. El resto fueron astillas volando en cosa de un segundo.

Estábamos en la especie de despacho donde Guglielmo nos había echado su discurso. Creo haber dicho ya que había en ella una gran biblioteca. Estanterías repletas de libros de valiosa encuadernación.

Trepé por la primera estantería, junto a la puerta, dejando un poco sorprendida a la bestia parda, que ladeó la cabeza con aire pensativo: «¿Dónde va el conejo este?», debía pensar.

Yo iba a usar mi peso para hacerle caer encima la estantería entera, con su contenido.

Cuando la montaña de saber se le vino encima, se paró un momento, desde luego. Tanto saber, para tan poco cerebro… Pero no sirvió de mucho.

Todo el resto de la habitación, tampoco.

Pobres muebles, tan valiosos. Tan Luis XIV. Tan artísticos. Con sus incrustaciones de latón, su taracea, su madera preciosa… Se me estremeció el alma al hacerle pedazos a la bestia el tablero de mármol de uno de ellos en la cabeza, pero él ni se inmutó. Seguía adelante, con las manos tendidas hacia mí, intentando atraparme siempre.

No habíamos dejado mucho de la habitación contigua, así que para no desentonar, el monstruo se cargó casi todo lo de ésta.

CRRRRAANCH, adiós mesa de despacho, tan artística.

Mi retirada estratégica me llevó hacia el pasillo, que recordaba bastante largo, Al fondo estaba el dormitorio donde yo había amanecido aquel aciago día. Intenté pensar un poco mientras corría, estratégicamente siempre, por el pasillo. Eso me daría tiempo, pensé. Tiempo de inventar algo.

Como uno no escarmienta de su ingenuidad, cerré la puerta.

En «mi» habitación seguía estando, solemne ella, la gran cama con su dosel. Un dosel sostenido, a los pies, por dos grandes barrotes en plan columna labrada, de algún metal dorado, bronce quizá. No tenía tiempo para pensar mucho, así que lo que se me ocurrió fue un poco bestia, no estaba muy seguro de que resultara.

Usé todo mi peso, una vez más, para arrancar uno tras otro los dos barrotes. El mueble debía ser muy antiguo, pero ya se sabe

cómo se construía antes: a conciencia. Me costó lo suyo, mientras por el pasillo se oían las patadas del bestia acercándose.

Lo contundente no había dado resultado, pensé. Veremos lo punzante.

La parte de arriba de los barrotes estaba bastante afilada. Tiré al suelo, ante la puerta, una pequeña cómoda que estaba al lado de la entrada, y coloqué los barrotes en plan trampa para elefantes, apoyándolos en un armario cercano, también taraceado y todo eso, muy luiscatorce. Formé algo parecido a esas defensas que tenía puestas Rommel en las playas de Normandía para esperar a los aliados. Esperaba que me sirvieran a mí más que a él.

Y aguardé, intentando pensar en qué haría si aquello no funcionaba.

La puerta saltó en astillas a impulsos de un guantazo de la masa lejanamente humana. Total, si la dejaba entera iba a desentonar con el resto…

El muy animal tropezó con la cómoda, como yo quería.

Se inclinó hacia delante como a cámara lenta, como una montaña que se desploma…

Y cayó sobre los «espárragos de Rommel» que le esperaban, clavándose uno de lleno en la barriga, y el otro a un lado del pecho, o lo que fuera.

Y se quedó quieto, por fin. Muy quieto. Quieto para siempre.

Yo estaba agotado. Si en aquella misma cama yo había descansado de la tontería que parecían ahora tres pitones, un terremoto y un tiburonazo, tenía ganas de hacer algo parecido ahora, pero una semana por lo menos.

Pero no había tiempo. Guglielmo andaba suelto, tramando algo, y hacía rato que Lina no daba señales de vida.

Así que, en parte para no ver demasiado al monstruo con pinta humana, al gorila aquel que no había pronunciado palabra en todo el rato (me quedé pensando si no sería de verdad un resto prehistórico encontrado por Guglielmo en alguna excavación, pero no podía ya preguntárselo a él), me largué otra vez por el pasillo, camino del escenario de la batalla.

Y estaba a la mitad, cuando oí gritos.

CAPÍTULO IX

Habían resonado en toda la casa, o la mansión, o el subterráneo, o lo que fuera aquello.

Varios gritos seguidos, en los que creí reconocer la voz de Lina. Razón de más para apresurarme, a pesar de mi cansancio.

Recorrí una vez más el largo pasillo, hacia los restos del despacho-biblioteca.

Me costó mi buen trabajo pasar al otro lado, procurando no enternecerme con tanto libro valioso destrozado, entre astillas que habían sido muebles de valor igualmente considerable.

Tres cuartos de lo mismo al pisotear trozos de cristal y hueso triturado en la estancia de más allá. Verdaderamente, aquella especie de gorila, humano o no, había hecho el trabajo de una pala excavadora, un *bulldozer* de ésos. (Yo no, lo mío era legítima defensa. La historia me absolvería, que dijo no sé quién).

Atravesé dos o tres salas destinadas, al parecer, a almacén, o laboratorio, o qué sé yo. Había cajas, grandes cajas, estantes a medio llenar de objetos varios, más cajas… Fueran los que fueran los negocios que habían dado a Guglielmo los medios de hacer aquello, debían ser muy florecientes.

Más bien demasiado.

Empecé a pensar que aquello era obra de alguien más. No sólo de un frustrado individuo en busca de un poder que no sentía en sí mismo. No sólo de un vulgar desequilibrado.

No estaba con fuerzas para correr demasiado, pero atravesé un par de recintos parecidos, y la sensación se acrecentó.

Como suele decir un amigo mío: «Tomate, mucho tomate. Aquí hay tomate del bueno, Indiana».

Mucho habían resonado los gritos, si habían venido de más allá.

O Lina, si se trataba de ella, iba corriendo delante de mí, o me había pasado de largo algún otro lugar.

Dudándolo todavía, salí al exterior.

Bueno, al exterior del interior, claro. O sea, al interior del exterior…

(A ver si consigo explicarme).

Franqueando un gran portón metálico que más parecía el de un hangar de aeropuerto, había salido fuera de lo edificado, y miré hacia arriba esperando ver el reconfortante cielo azul de Italia que había visto por última vez cuando entramos, Lina y yo, en la cabaña de la Stregha, hacía un siglo. O eso sentía yo al menos. Repetiré que soy hombre de intemperie.

Desde entonces, entre pitones, tiroteos, tiburones y Guglielmos, por no mencionar otras barbaridades, no había visto el aire libre.

Y, de momento, iba a seguir con las ganas.

Porque lo que tenía encima era otra vez una bóveda de piedra, allá arriba, muy lejos. Algo parecido a lo que había distinguido sobre mi humilde cabeza cuando salí a la superficie poco antes de ponerme a hacer lucha libre con el tiburoncete.

Guglielmo había hablado de un espacio hueco en el interior de un antiguo volcán. Si eso era cierto, lo que no había dicho era que la boca del volcán estaba cerrada. A saber por dónde entraba el aire que respirábamos. Recordé, sin embargo, que el loco aquel había hablado de grietas que comunicaban con la superficie.

En aquel momento deseé, con todas mis ganas, encontrar una.

El techo de la caverna, o lo que fuera, estaba muy alto, pero aun así me daba una sensación como de ahogo llevar tanto tiempo bajo tierra. No es lo mío, de verdad.

Bien, fuera lo que fuera, no ganaba gran cosa con estarme allí parado. Quería saber qué pasaba con Lina, librarme del loco de Guglielmo y poner tierra —y sobre todo, aire— por medio cuanto antes.

No quería permanecer allí dentro ni por todo el oro del mundo. Y menos por todo el lujo del mundo hecho mobiliario.

Pero ahora tenía la oportunidad de contemplar por fuera las edificaciones del refugio particular del loco, y las estudié con detenimiento, por lo que pudiera servirme.

Evidentemente, el lujo había sido reservado para el interior.

(Total, para quien iba a venir a contemplarlo…). El exterior era más bien un gran ladrillo. Una especie de casamata. Pero si viven en una gran ciudad ya saben a lo que me refiero: una de esas joyas arquitectónicas con las que nos obsequian los especuladores, que los dioses confundan. Como dice un poeta de habla castellana: «Esos inmensos bloques que hoy son de viviendas o de muriendas…». Bueno, pues eso. Pero con menos ventanas aún.

Encima de la gran casamata, en casi toda su extensión tenía un solo piso, había una inmensa estructura metálica. Tenía pinta de ser giratoria, y regulable en altura. Pero nada parecido a una antena parabólica o un observatorio electromagnético, o un radiotelescopio. Nada semejante.

Más bien un montón de antenas, todas apuntando en la misma dirección, al mismo lugar del techo rocoso.

Comprendí que aquello era lo que buscábamos, claro.

Que aquel trasto era lo que estaba emitiendo el mensaje del que Lina me había hablado.

«Ondas que vienen de la tierra, de la madre Tierra», había dicho la Stregha. Al parecer, era cierto. La frecuencia que fuera, o el tipo especial de onda de emisión, no debía necesitar que se emitiera al aire libre. Debía poder hacerse desde el interior de la corteza terrestre, lo que permitía no ser localizado desde el aire. Hoy día, ya se sabe, entre satélite espía y avión AWACS, te tienen cuadriculado todo lo que hay bajo el sol.

«Muy astuto Guglielmo», pensé.

Pero me aterraba ponerme a adivinar cuántos metros de tierra podía haber aún bajo la bóveda de piedra. Más valía dejarlo.

Resolví ponerme a buscar a Lina. Tenía la impresión de que la encontraría si encontraba a Guglielmo. Y de todas formas, no me apetecía permanecer allí mirando el paisaje.

Me disponía a entrar en la edificación, cuando oí un TIC.

TIC.

Un TIC que me puso la cabeza llena de bombillas rojas de alerta.

TIC.

El ingeniero proyectista ruso Mijail T. Kalashnikov hizo un buen trabajo, allá por el año 1947. Se inspiró en el fusil de asalto nazi «Sturmgewehr».

StG-44

(un arma que hubiera revolucionado los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial de haber sido producida en masa) y diseñó el
«AK-47».
El fusil automático de los rusos, bendecido por varios millones de revolucionarios de todo el mundo. Lina y yo habíamos discutido anteriormente si los que nos disparaban eran fusiles rusos o norteamericanos. Bien, de haber oído ese TIC no habría sido necesaria discusión alguna.

Porque uno de los pequeños defectos de tan excelente arma de fuego es que el selector de disparo, la palanquita que hay al lado derecho, según se tira, del fusil, hace TIC. Un ruidito característico al cambiar de «tiro a tiro» a «tiro en ráfaga». Un ruidito, por desgracia para el tirador, demasiado audible.

Así que el curso de mis pensamientos fue mucho más rápido que esta larga explicación. Si el TIC a mis espaldas sonó en un determinado instante, una fracción de segundo más tarde estaba yo saltando, de cabeza, en dirección contraria. Es decir, hacia el gran portón metálico que conducía al interior de la edificación.

Lástima que no estuviera allí Lina. Porque esta vez podía yo jugarme la cabeza.

La ráfaga de fusil ametrallador que percutió con violencia sobre la puerta metálica era, inconfundiblemente, del calibre soviético «7,62». Y buscaba mi pellejo.

Quienquiera que fuese el que nos había disparado en la cabaña de la Stregha sin dar la cara, estaba allí, bajo tierra, llegado a saber por dónde. Y seguía queriendo mi vida.

¿O tenía razón Lina, y eran otros, con
«M-16»?

Me asomé cuidadosamente. No se veía a nadie. Enfrente había otras construcciones. Podía venir de allí. Pero nadie a la vista.

Me asomé algo más. Nadie.

Saqué la cabeza un centímetro más. Y mi sexto sentido me dijo que volviera a ocultarme. Le debo la vida una vez a mi piloto automático.

Sí, evidentemente eran
«AK-47».
Y en plural. Porque ahora fueron al menos tres ráfagas de fusil

ametrallador las que acribillaron la puerta metálica con una lluvia de plomo. Y probablemente del calibre… Bueno, al diablo con la balística.

Pensé que no hacía falta empujar, de todas formas ya había decidido entrar en la casamata… Qué modales, dioses.

No es que siguiera siendo un ingenuo (que probablemente también), pero, por si acaso, cerré el portón con el gran cierre de seguridad. Nunca se sabe.

Y, medio a oscuras, desandé lo anteriormente andado, buscando ahora qué puerta, o galería, o pasillo, me había saltado al venir.

No entendía nada. Lo cual me pasa con cierta frecuencia, pero en esta historia se estaba haciendo una constante, y ya me tenía mosca el asunto. ¿Quién estaba pretendiendo qué a costa de lo que fuera, y por qué era tan imprescindible que yo la cascara para que sus fines se cumplieran? Las cosas tienen un límite, qué diablo.

En algún lugar, se cerró una puerta. Y yo, olvidando mi cansancio, corrí hacia ese lugar, intentando orientarme por el ruido.

Y claro, encontré a Lina.

Y por supuesto, mi sexto sentido, mis intuiciones geniales, no me habían engañado. Los encontré a ambos a la vez. Lucca Guglielmo estaba con ella.

Los dos levantaban las manos hacia arriba, que es una postura que se puede adoptar de varias formas, pero todas muy ridículas.

Desgraciadamente, si el cañón de un fusil te apunta, no tienes más remedio que hacerlo. Es mucho mejor para la salud de uno que lo contrario.

—Levante las manos y no intente nada.

* * *

Lo hice, claro.

Eran como diez los fusiles que me estaban encañonando. Los empuñaban fornidos muchachotes con cara de pocos amigos, con ropa de campesinos pero expresiones bien decididas. Pensé que el atuendo sería más bien una forma de haber llegado allí por el exterior sin ser vistos.

A una indicación, que seguí, me coloqué junto a mis conocidos. Es decir, entre Lina y Guglielmo. Más vale malo conocido que bueno por conocer.

Pero qué decepción. Iba a perder la apuesta. Ahora se trataba de fusiles norteamericanos
«M-16».

Uno de los extraños «campesinos» hablaba, en dialecto italiano, con Lucca, que se excusaba farfullando. Entiendo muy poco de italiano, apenas lo que pueda parecerse al español, pero más o menos capté que el tipo le estaba pidiendo explicaciones a Lucca. Dónde estaba su jefe, qué era aquella estructura metálica de arriba, quién guardaba el dinero. Lucca respondía que de qué dinero hablaba, allí no había dinero, sólo ciencia, saber, cultura, historia.

El otro se impacientaba por momentos. Guglielmo estaba a punto de llorar, humillado por aquel trato, probablemente más humillado aún por el hecho de que se le preguntase por el jefe… a él, precisamente a él, el hombre poderoso, el Magno. No era una de esas conversaciones de las que uno intuya que puede salir mucha claridad.

El campesino avanzó y golpeó con la culata del fusil al pobre Lucca. Eso me sentó mal hasta a mí Hubiera intervenido, pero se desató otro poco de apocalipsis.

Una especie de rugido sonó fuera de la habitación. La puerta de madera saltó en pedazos. Y antes de que apareciera, reconocí, el estilo de quien iba a entrar. No hay nada como la gente de costumbres.

Mi querido rival, la Apisonadora.

El Pitecantropus.

La bestia homínida.

Pero pasado por pesadilla, Como escapado de una película de terror. Con maquillaje, fundamentalmente, de salsa de tomate.

El implacable *bulldozer* al que yo creía haber dado muerte había sobrevivido. De su barriga chorreaba la sangre, y por el considerable boquete abierto por el barrote de bronce labrado aparecía parte del intestino, colgando sanguinolento hacia el exterior. Tenía más sangre en el lugar donde le había herido el otro barrote, pero podía tenerse de pie, y avanzaba. Los ojos, vidriosos, parecían menos humanos que nunca, y la herida superior debía haberle interesado el pulmón, porque respiraba afanosamente, produciendo un ruido de aire forzado, una especie de GGGGGGG, al respirar. Le salía sangre también por la boca, así que no me explico

cómo se tenía en pie. Pero avanzaba. Venía hacia mí, o quizá hacia su amo, Guglielmo, que estaba a mi lado. Total, ¿quién podía saber hacia dónde miraban aquellos ojos sin la menor vida…?

De todos los presentes, yo era el mejor preparado para contemplar aquella aparición, porque tenía algún dato para identificar de qué se trataba. Los «campesinos» armados, desde luego, no. El tipo que acababa de golpear a Lucca con el fusil, tampoco. Así que aproveché la sorpresa, de la que fui el primero en recobrarme, y actué.

Actuaron también los tipos armados, en defensa de su pellejo. Dispararon contra la cosa que se les venía encima, estando como estaban más cerca de la entrada que nosotros. Nunca lo hubieran hecho. Hubieran debido correr, como hice yo. Pero ellos no sabían que aquel semihombre era lento.

Yo no. Fui muy rápido al arrancarle de las manos el «M-16» al individuo que había golpeado a Lucca. Fui más rápido aún al devolverle el culatazo. Y más rápida aún que yo fue la bala que le metí entre ceja y ceja antes casi de que llegara al suelo. Había que actuar, y yo estaba harto va de líos.

Mi amigo el Pitecantropus se cargó a varios de los individuos armados antes de que reaccionaran. Recibió varias balas de «M-16» mientras tanto, pero les hizo tanto caso como a las moscas no muy pesadas. A los demás de los «campesinos» me los cargué yo. Les vacié el cargador del fusil encima, sin apuntar demasiado. Procuré no darle a la apisonadora andante. Le había tomado cariño. De todas formas, él no había intentado más que aplastarme, y los otros tipos, yo estaba convencido de que eran los mismos, habían intentado emplomarme ya otras veces.

El Pitecantropus avanzó aún. Hizo una especie de sonrisa hacia mí, o hacia su amo, o a lo mejor no era una sonrisa. Yo qué sé. Dio otro paso. Y esta vez sí, esta vez cayó al suelo cuan largo era. Que era bastante. Y ancho.

Me sacó de mi nuevo ataque de afecto el empujón de Lina. Lucca Guglielmo también se movía. Arrojé el «M-16», reaccioné y dije al italiano:

—¿Por dónde se sale de aquí? ¡Rápido, conteste!

El sonido de una puerta descerrajada, no muy lejos, convenció a Guglielmo. Dijo un no muy convencido: «Síganme» y salió, andando como un autómata.

Mientras le seguíamos, Lina me puso en antecedentes.

Sí, los tipos pertenecían a ELECTRA. Sí, eran los mismos que habían disparado contra nosotros. Pero no, no eran los que disparaban con fusiles soviéticos. Intentó entrar en discusiones sobre fusiles, pero la interrumpí. Al grano, dije.

Que se habían cruzado dos grupos en aquellos momentos. Tipos armados al servicio de ELECTRA andaban tras de nosotros. Ella se había enfrentado ya antes con ellos, pero creía haberles despistado. La organización, Lina no sabía por qué medios, había sabido de las emisiones de mensajes intergalácticos de Guglielmo, e intentaba hacerse con el secreto, localizar el centro emisor y usarlo para sus propios fines. Por el camino, se habían topado con hombres de Guglielmo, enviados por éste para eliminarnos, porque sabíamos demasiado, estábamos demasiado cerca de descubrir su secreto. Sí, los nostálgicos pearl-harborianos habían sido eliminados por orden de Lucca, que había ido visitándolos en compañía de su encantador gigante. (Me pregunté cómo podría haber viajado por ahí con una bestia semejante, pero no pregunté). Tiempo atrás, yo también me había paseado por Italia en compañía de Gronk, y sobreviví.[10]

Mientras tanto, siguió Lina, los esbirros de Guglielmo habían salido respondones. Se trataba de tipos contratados en medios mafiosos, y habían informado a la Societá de parte de las actividades de Lucca. Le habían dejado solo unos días antes, Lucca no tenía ni idea de por qué, pero algo habían dicho los «campesinos», advirtiendo al italiano de que le convenía colaborar, para que les dijese lo que buscaban. En ésas había llegado yo.

—Ya. Pues hay algo que no sabéis. Guglielmo, ¿alguien usa fusiles «Kalashnikov» por aquí últimamente?

—Hay una partida de ellos almacenada fuera, en un barracón. Fue parte de un intercambio comercial mío.

—Bien. Pues ya no están allí. Si no me equivoco, vienen detrás nuestro, y los tipos que los traen en la mano saben usarlos. Así que ¡corra! ¡Salgamos de aquí!

Habíamos llegado a una especie de sala sin ventanas, de la que

partía una rampa ascendente, como un túnel, que algo más allá, suavemente, giraba a un lado. En un rincón, cubierto por una lona, había algo realmente voluminoso. A un tirón de Guglielmo, bajo la lona apareció un vetusto pero encantador *jeep* Willys MB, de los primeros. Pintado de rojo, para su uso en ciudad, como muchos excedentes de guerra en el continente europeo vendidos a civiles, estaba correctamente matriculado y con luces reglamentarias. Me imaginé que Lucca lo utilizaría para pasar desapercibido en sus desplazamientos. En Italia circulan miles de vehículos semejantes.

Me encantan estos cochecitos, tan útiles y tan aventureros. Estaba admirándolo, cuando Guglielmo sacó algo de la trasera del *jeep*, y dijo:

—Bien, y ahora se acabó la historia para ustedes.

¿Qué más da el modelo? Tenía en la mano un subfusil ametrallador.

CAPÍTULO X

—Bueno, como verán, éste es el final definitivo.

Parecía serlo. En cualquier caso, la herramienta que empuñaba le ponía en condiciones de decidir mucho más de lo que nos permitían nuestras manos, desgraciadamente vacías.

—Me han incomodado, señores. Han roto mis planes, han destrozado parte de mi refugio, han turbado mi paz. Pero ahora terminarán su trayectoria aquí.

Traté de ganar tiempo. Lucca mostraba una vez más que era demasiado parlanchín. Tanto tiempo solo, enterrado en su refugio…

—Su sueño se ha hundido de todas formas, Lucca. Demasiada gente conoce ya su rincón. No podrá mantenerlo mucho tiempo. Es una instalación que resultaría perfecta para los fines de la Mafia. No le dejarán disfrutarla solo.

—La limpiaré de alimañas. Ustedes no han destruido lo principal. Esta rampa conduce a mi casa de Battipaglia, y en la ciudad tengo un puñado de colaboradores. Volveré a entrar con ellos, y eliminaré a los intrusos. Mi sueño, como usted dice, sigue en pie. Estoy demasiado cerca del final para abandonarlo.

—¿Se refiere a sus proyectos de destrucción? Ya oyó a mi compañera: no tienen la menor base lógica. Está llamando a quien no le escuchará.

—Hay mucho más aquí dentro de lo que usted sospecha. La Mafia, a la que usted nombró, de hecho me ayudó a construir esto. Nada hay imposible para el buen jugador. Y yo sé manejar a los hombres.

—A los hombres, quizá, pero no al armamento. Tiene puesto el seguro de la…

—Recurrí al viejo truco. Inicié un movimiento, pero fallé. Lucca

debía haber visto la misma película. Una ráfaga levantó trocitos de hormigón a mis pies, en el suelo. Sonó la risa de loco del italiano.

—Muy torpe, señor James, muy torpe. El truco es viejo como el mundo. Conozco mi viejo subfusil
«M-3»
como mi propia mano. No lo intente de nuevo.

Guglielmo debió sentirse muy hombre con el juego. Muy poderoso. Aquel extraño hombrecillo no debía tener muchas ocasiones de actuar así. Y menos delante de una mujer. Intentó a continuación exhibirse ante Lina. Sonrió como una hiena.

—¿Ha visto, señorita? Es un bonito juego, ¿no? ¿Quiere jugar a héroes como su compañero?

Y al momento, TRRRRRRAA, disparó otra ráfaga delante de Lina.

Nunca debió hacerlo.

Lina debió de sentir miedo.

Lo que no era para menos, porque disparar en semejante recinto era una locura. Los proyectiles habían rebotado en todas direcciones de manera harto peligrosa.

Sí, Lina había sentido miedo.

Y yo casi había olvidado las muy peculiares reacciones de su organismo extraterrestre.

Lucca, en cambio, no las sospechaba siquiera.

Es comprensible, entonces, que cuando Lina empezó a transformarse, Lucca no acertara a reaccionar.

—¿Pero… pero qué hace? ¿Qué le pasa? ¿Qué le está pasando? —balbuceó.

Y su pequeño subfusil, casi un utilitario, conocido como «el engrasador» por los soldados de la Segunda Guerra Mundial, le resultó casi tan inútil como una de esas herramientas de mecánico, cuando el enorme lobo que un momento antes había sido Lina se le echó encima.

No me hagan contar lo que pasó después. No quise ni mirar. Pero en realidad fue muy rápido.

Pobre Lucca. Su sueño terminó de forma un tanto extraña. No sabía con quién trataba.

Me encontré a los mandos del *jeep*, con el motor en marcha. Tenía un problema serio de conciencia, algo que no suelo tener a menudo.

Por un lado, mi deseo más ferviente era pisar el acelerador y salir de allí a escape. Volando, vamos.

Por otro, tenía que esperar a Lina.

Pero esperar a que un lobazo termine de devorar a un ser humano al lado de uno mismo, sin saber si a continuación le va a tocar el turno a este otro ser humano que está dentro de la propia piel, no es tranquilizador.

Aunque tampoco podía abandonar a la frágil muchachita en manos de los tipos del «Kalashnikov», que no tardarían en aparecer, atraídos por los disparos del estúpido, y finado, Guglielmo.

Era un dilema.

Y no sabía resolverlo mientras, en un nervioso juego de acelerador y embrague, con la marcha metida, mantenía el *jeep* entilando la rampa que debía llevarme hacia mi ansiado sol, hacia el aire libre, hacia la vida.

Lo resolvió una voz a mis espaldas.

—Sé lo que estás pensando, Indiana.

Me volví hacia ella. Lina, destrozada su ropa como en las anteriores transformaciones que yo había presenciado, estaba ensangrentada de arriba abajo, de pie entre los restos del cuerpo de Guglielmo. Se me revolvieron todas las tripas, sin dejar una. El espectáculo no era para menos. Decir «terrorífico, espeluznante», es ser tímido como una monja de clausura.

Pero es que además, aquella figura demoníaca tenía empuñada el arma de Lucca Guglielmo. Y una mueca extraña en su joven rostro.

El *jeep* se me caló, del susto. Este material excedente de guerra, por muy reparado que esté…

En el silencio resultante, se oyeron a lo lejos las voces de los tiradores de «Kalashnikov».

—No intentes ponerlo en marcha. Ya lo haré yo. Por cierto, espero que tu ropa sea compatible con mis medidas. No querrás que salga así a la luz.

—No te lo recomiendo. Los italianos son muy suyos. No tendrías balas para todos.

—Está claro, entonces, ¿no? Te agradezco que me esperaras. Ahora, bájate. Y vete quitando la ropa.

—Bueno, mira, es que… En realidad estos trapos me sientan

mejor que a ti. ¿Por qué no te olvidas de todo y…?

Sabía hasta reír todavía, qué cosas. Pero aún me apuntaba.

—Tú y tu sentido del humor. Había llegado a acostumbrarme.

—Tampoco lo hemos pasado tan mal juntos, ¿no te parece?

Volvió a cambiar de expresión, mientras a su espalda se oían, cada vez más cerca, las voces de los que venían.

—Bien, esto se acabó. Tu tarea ha terminado. Baja.

—Pero ¿por qué? Al fin y al cabo no…

—¡Baja, te digo! El juego ha terminado. He conseguido lo que quería. La frecuencia de onda, los datos de los jeroglíficos. Fotografiados, cuidadosamente guardados por Guglielmo en microfilms y un diskette de computadora. Esto —dijo, mostrándome un paquete pequeño, sacado de no sé dónde. Debía llevarlo entre las ropas que se le habían despedazado al atacar a Lucca. ¡Si yo hubiera mirado un poco el espectáculo! Pero soy tan impresionable…

—Ya, comprendo. Eso era lo que te interesaba. Te has servido de mi, ¿no es eso?

—Fue divertido mientras duró. Ahora baja. Baja de ahí, o te atravieso ahí mismo, aunque estropee la ropa y manche el vehículo.

Y yo ya no sabía cómo seguir ganando tiempo.

Probablemente no había más tiempo que ganar.

Por fortuna, llegaron los rusos.

Los fusiles rusos, digo. Haciendo fuego.

La última imagen que guardé en mi memoria de Lina fue la mueca de dolor de su rostro al ser alcanzada por detrás por una ráfaga. Ya no volveríamos a discutir de armamento. Tampoco debió de importarle gran cosa de qué calibre fueran las balas que la alcanzaron.

No me quedé tampoco a discutir. Arranqué el *jeep* (como se sabe, una de las características más simpáticas de estos primeros modelos era la de no llevar llave de contacto), y salí de allí como alma que lleva el diablo.

Había la posibilidad de que Lina no fuese muerta por las balas normales, los hombres-lobo mueren sólo por no sé qué rollo de balas de plata o algo así. Tampoco me importaba lo más mínimo.

Tenía un *jeep* en las manos, y carretera por delante.

Subí la rampa-túnel como en mis tiempos de Indianápolis.[11] Era eterna, pero tuvo un final.

El final era un portón con más años que el Coliseo, de madera.

¡Qué gran vehículo el *jeep*! ¡Qué parachoques tiene! ¡Qué frontal más resistente! ¡Qué protegidos los faros! Aquello era industria automovilística, y no esto que ahora usan para estafarnos a todos.

¡Qué cantidad de astillas dejé atrás al atravesar el portón!

Estaba en el patio de una casa campesina. Salí del patio por otro portón parecido, abierto de la misma manera. Enfilé una calle de pueblo italiano.

Atropellé gallinas, hice entrar de cabeza por las ventanas a varios ancianos, me llevé por delante tres cuartas partes de un montón de paja. Me persiguieron todos los insultos de que es capaz la muy expresiva lengua italiana, rica en vocabulario… Mi pobre y difunta madre vio su memoria empañada de mil maneras… Zigzagueé, chirrié, giré, maniobré a toda velocidad como en mis mejores tiempos de piloto de competición, ¡ay mi lejana Indianápolis y sus 500 millas! Que me perdonen todos los habitantes de aquélla probablemente hermosa ciudad de…

¿De…?

Ah, sí, supe que era Battipaglia al volver la cabeza para leer el letrero de la entrada. Pero no detuve la marcha un momento.

Cuando me encontré en campo abierto, por una carretera suficientemente transitable, suspiré como para tragarme de golpe todo el aire que baña la península de forma de bota. Me relajé un poco, todo menos el pie del acelerador.

El indicador de gasolina marcaba un buen nivel. Gran muchacho el tal Guglielmo, tan previsor. En la trasera, sujeto, había el consabido «jerrycan», que seguro que estaría lleno también, conociendo a Guglielmo. Si no, ya veríamos. No pensaba parar hasta Suiza, lo menos.

Palpé el bolsillo correspondiente del chaleco. Algunos dólares aún. Cuando se acabaran, vendería el cacharrito. Los *jeeps* siempre encuentran comprador, son los coches más codiciados que existen. Y lo merecen.

Pero en cualquier caso, estaba al aire libre.

Lo demás, estaba ya completamente olvidado. Al diablo con todo.

Y viva el sol del Mediterráneo.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] Véase «Los hijos del átomo», n.º 19 de esta colección. <<

[2] Véase «El filo de un aullido», n.º 14 de esta colección. <<

[3] Véase «Un autobús muy… espacial», n.º 13 de esta colección. <<

[4] Véase «Razones de Estado», n.º 12 de esta colección. < <

[5] Véase «El filo de un aullido», n.º 14 de esta colección. <<

[6] Véase «El filo de un aullido», n.º 14 de esta colección. < <

[7] Véase «El diente de perro», n.º 2 de esta colección. < <

[8] Llamada convencional de Socorro en la Aviación Internacional. <<

[9] Véase «Un autobús muy… espacial», n.º 13 de esta colección. <<

[10] Véase «El tesoro de Gardenfly», n.º 6 de esta colección. <<

[11] Al protagonista de esta historia le llaman «Indiana» porque una vez ganó (¿o quizá sólo participó?) en la famosa carrera de Indianápolis. < <